

# El Vergonzoso en Palacio

---

Tirso de Molina



# Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

## Personas que hablan en ella:

El DUQUE de Avero

Don Duarte, CONDE de Estremoz

Dos CAZADORES

FIGUEREDO, criado

TARSO, pastor

MELISA, pastora

DORISTO, alcalde

MIRENO, pastor

LARISO, pastor

DENIO, pasto

RUY Lorenzo, secretario

VASCO, lacayo

Doña JUANA

Doña MAGDALENA

Don ANTONIO

Doña SERAFINA

Un PINTOR

LAURO, viejo pastor

BATO, pastor

Un TAMBOR

## ACTO PRIMERO

*Salen el DUQUE de Avero, viejo, y el CONDE de Estremoz, de caza*

DUQUE: De industria a esta espesura retirado

vengo de mis monteros, que siguiendo un jabalí ligero, nos han dado el lugar que pedís; aunque no entiendo con qué intención, confuso y alterado.

Cuando en mis bosques festejar pretendo vuestra venida, conde don Duarte, ¿dejáis la caza por hablarme aparte?

CONDE: Basta el disimular, sacá el acero que, ya olvidado, os comparaba a Numa;

que el que desnudo veis, duque de Aveiro,  
os dará la respuesta en breve suma.  
De lengua al agraviado caballero  
ha de servir la espada, no la pluma  
que muda dice a voces vuestra mengua.

### *Echan mano*

DUQUE:           Lengua es la espada, pues parece  
lengua;  
y pues con ella estáis, y así os provoca  
a dar quejas de mí, puesto que en vano,  
refrenando las lenguas de la boca,  
hablen solas las lenguas de la mano  
si la ocasión que os doy, que será poca  
para ese enojo poco cortesano,  
a que primero la digáis no os mueve;  
pues mi valor ningún agravio os debe.

CONDE:           ¡Bueno es que así disimuléis los  
daños  
que contra vos el cielo manifiesta!

DUQUE: ¿Qué daños, conde?

CONDE: Si en los largos años de vuestra edad prolija, agora apresta, duque de Avero, excusas, no hay engaños que puedan convencerme. La respuesta que me pedís, ese papel la afirma con vuestro sello, vuestra letra y firma.

*Arrójale*

Tomalde, pues es vuestro; que el criado que sobornastes para darme muerte es, en lealtad, de bronce, y no ha bastado vuestro interés contra su muro fuerte. Por escrito mandastes que en mi estado me quitase la vida y, de esta suerte, no os espantéis que diga y lo presuma que en vez de espada, ejercitáis la pluma.

DUQUE: ¿Yo mandaros matar?

CONDE: Aqueste sello, ¿no es vuestro?

DUQUE: Sí.

CONDE: ¿Podéis negar tan poco  
aquesa firma? Ved si me querello  
con justa causa.

DUQUE: ¿Estoy despierto o loco?

CONDE: Leed ese papel; que con leello  
veréis cuán justamente me provocho  
a tomar la venganza por mis manos.

DUQUE: ¿Qué enredo es éste, cielos sobe-  
ranos?

*Lee el DUQUE la carta*

"Para satisfacción de algunos agravios, que con  
la muerte del conde Estremoz se pueden reme-  
diar,  
no hallo otro medio mejor que la confianza que  
en  
vos tengo puesta; y para que salga verdadera,  
me

importa, pues sois su camarero, seáis también el ejecutor de mi venganza; cumplida, y veníos a mi estado; que en él estaréis seguro, y con el premio que merece el peligro a que os ponéis por mi causa. Sírvaos esta carta de creencia, y dádsela a quien os la lleva, advirtiéndolo que importa la brevedad y el secreto. De mi villa de Avero, a de marzo de años. El Duque."

CONDE: No sé qué injuria os haya jamás hecho

la casa de Estremoz, de quien soy conde, para degenerar del noble pecho que a vuestra antigua sangre corresponde.

DUQUE: Si no es que algún traidor ha contrahecho

mi firma y sello, falso, en quien se esconde algún secreto enojo, con que intenta



con vuestra muerte mi perpetua afrenta,  
¡vive el cielo que sabe mi inocencia  
y conoce el autor de este delito,  
que jamás en ausencia o en presencia,  
por obra, por palabra, o por escrito,  
procuré vuestro daño! A la experiencia,  
si queréis aguardarla, me remito;  
que, con su ayuda, en esta misma tarde  
tengo de descubrir su autor cobarde.  
Confieso, la razón que habéis tenido;  
y hasta dejaros, conde, satisfecho,  
que suspendáis el justo enojo os pido,  
y soseguéis el alterado pecho.

CONDE: Yo soy contento, duque; persua-  
dido

me dejáis algún tanto.

DUQUE: (Yo sospecho

Aparte

quién ha sido el autor de aqueste insulto  
que con mi firma y sella viene oculto;  
pero antes de que dé fin hoy a la caza,  
descubriré quién fueron los traidores.)

*Salen don CAZADORES*

CAZADOR 1: ¡Famoso jabalí!

CAZADOR 2: Dímosle caza  
y, a pesar de los perros corredores,  
hicieron sus colmillos ancha plaza,  
y escapóse.

DUQUE: Estos son mis cazadores.  
¡Amigos!

CAZADOR 1: ¡Oh, señor!

DUQUE: No habréis dejado  
a vida jabalí, corzo y venado.

¿Hay mucha presa?

CAZADOR 2: Habrá la suficien-  
te  
para que tus acémilas no tornen  
vacías.

DUQUE: ¿Qué se ha muerto?

CAZADOR 2: Más de veinte  
coronados venados, porque adornen

las puertas de palacio con su frente  
y, porque en ellos, cuando a Avero tornen,  
originales, vean sus traslados,  
quien [en] figuras de hombres son venados;  
tres jabalíes y un oso temerario,  
sin la caza menor, porque ésta espanta.

DUQUE: Mátase en este bosque de ordinario  
gran suma de ella.

CAZADOR 1: No hay mata ni  
planta  
que no la críe.

*Sale FIGUEREDO*

FIGUEREDO: ¡Oh, falso secretario!

DUQUE: ¿Qué es esto? ¿Dónde vas con  
priesa tanta?

FIGUEREDO: ¡Gracias a Dios, señor, que  
hallarte puedo!



prometióle, si al conde daba muerte,  
enriquecerle; y para asegurarle  
dijo que tú, señor, hacías matarle.  
Pudo el vil interés manchar su fama.  
Aquesta noche prometió, en efeto,  
cumplillo; mas amaba, que es quien ama  
pródigo de su hacienda y su secreto.  
Dicen que suele ser potro la cama  
donde hace confesar al más discreto  
una mujer que da a la lengua y boca  
tormento, no de cuerda, mas de toca.  
Declaróla el concierto que había hecho,  
y encargóla el secreto; mas como era  
el huésped grande, el aposento estrecho,  
tuvo dolores hasta echalle fuera.  
Concibió por la oreja; parió el pecho  
por la boca, y fue el parto de manera  
que, cuando el sol doraba el mediodía,  
ya toda Avero la traición sabía.  
Prendió al parlero mozo la justicia,  
y Ruy Lorenzo huyó con un criado,  
cómplice en las traiciones y malicia

que el delincuente preso ha confesado.

De esto te vengo a dar, señor, noticia.

DUQUE:           ¿Veis, conde, cómo el cielo ha  
averiguado

todo el caso y mi honra satisfizo?

Ruy Lorenzo mi firma contrahizo.

Averiguar primero las verdades,  
conde, que despeñarse, fue prudencia  
de sabias y discretas calidades.

CONDE:           No sé qué le responda a vuese-  
lencia.

Sólo que, de un ministro, en falsedades  
diestro, pudo causar a mi impaciencia  
el engaño que agora siento en suma;  
mas, ¿qué no engañará una falsa pluma?

DUQUE:           Yo miraré desde hoy a quien  
recibo  
por secretario.

CONDE:                       Si el fiar secretos  
importa tanto, ya yo me apercibo  
a elegir más leales que discretos.

DUQUE:           Milagro, conde, fue dejaros vivo.

CONDE: La traición ocasiona estos efectos.  
[Huyó] la deslealtad y la luz pura  
de la verdad, señor, quedó segura.

¡Válgame el cielo! ¡Qué dichoso he sido!

DUQUE: Para un traidor que en esto se  
desvela,  
todo es poco.

CONDE: Perdón humilde os pido.

DUQUE: A cualquiera engañara su cautela.  
Disculpado estáis, conde.

CONDE: (Aquesto ha urdido  
Aparte

la mujeril venganza de Leonela;  
pero importa que el duque esté ignorante  
de la ocasión que tuvo, aunque bastante.)

DUQUE: Pésame que el autor de aqueste  
exceso

huyese. Pero vamos; que buscallo  
haré de suerte que, al que muerto o preso  
le trujere, prometo de entregalle  
la hacienda que dejó.

CAZADOR 2: Si ofreces eso

no hará quien no le siga.

DUQUE: Verá dalle  
todo este reino un ejemplar castigo.

CONDE: La vida os debo. Pagaréla, amigo.

*Vanse. Salen TARSO y MELISA, pastores*

MELISA: ¿Así me dejas, traidor?

TARSO: Melisa, domá otros potros;  
que ya no me hace quillotros  
en el alma vueso amor.

Con la ausencia de medio año  
que ya que ni os busco ni os veo  
curó el tiempo mi deseo,  
la enfermedad de un engaño.

Dándole a mis celos dieta,  
estoy bueno, poco a poco;  
ya, Melisa, no so loco  
porque ya no so poeta.  
¡Las copras que a cada paso



os hice! ¡Huego de Dios  
en ellas, en mí y en vos!  
¡Si de subir al Parnaso  
por sus musas de alquiler  
me he quedado despeado!  
¡Qué de nombre que os he dado:  
luna, estrella, locifer...!  
¿Qué tenéis bueno, Melisa,  
que no alabase mi canto?  
Copras os compuse al llanto,  
copras os hice a la risa,  
copras al dulce mirar,  
al suspirar, al toser,  
al callar, al responder,  
al asentarse, al andar,  
al branco color, al prieto,  
a vuestos desdenes locos,  
al escopir y a los mocos  
pienso que os hice un soneto.  
Ya me salí del garlito  
do me cogistes, par Dios;  
que no se me da por vos,

ni por vuestro amor, un pito.

MELISA: ¡Ay Tarso, Tarso, en efecto  
hombre, que es decir olvido!

¿Que una ausencia haya podido  
hacer perderme el respeto  
a mí, Tarso?

TARSO: ¡A vos y a Judas!  
Sois mudable. ¿Qué queréis,  
si en señal de eso os ponéis  
en la cara tantas mudas?

MELISA: Así, mis prendas me torna,  
mis cintas y mis cabellos.

TARSO: ¿Luego pensáis que con ellos  
mi pecho o zurrón se adorna?

¡Qué boba! Que a estar yo ciego  
trujera conmigo el daño.

Ya, Melisa, habrá medio año  
que con todo di en el huego.

Cabellos que fueron lazos  
de mi esperanza crüeles,  
listones, rosas, papeles,  
baratijas y embarazos,

todo el fuego lo deshizo  
porque hechizó mi sosiego;  
pues suele echarse en el fuego  
porque no empezca, el hechizo.  
Hasta el zurrón di a la brasa  
do guardé mis desatinos;  
que por quemar los vecinos  
se pega fuego a la casa.

*Llora [MELISA]*

MELISA: ¿Esto he de sufrir? ¡Ay, cielo!

TARSO: Aunque lloréis un diluvio;  
tenéis el cabello rubio.

No hay que fiar de ese pelo.

Ya os conozco, que sois fina.

¡Pues no me habéis de engañar,  
par Dios, aunque os vea llorar  
los tuétanos y la orina!

MELISA: ¡Traidor!

TARSO: ¡Verá la embinción!

Enjugad los arcaduces;  
que hacéis el llanto a dos luces  
como candil de mesón.

MELISA: Yo me vengaré, crüel.

TARSO: ¿Cómo?

MELISA: Casándome, ingrato.

TARSO: Eso es tomar el zapato  
y daros luego con él.

MELISA: Vete de aquí.

TARSO: Que me place.

MELISA: ¿Que de vas de esa manera?

TARSO: ¿No lo veis? Andando.

MELISA: Espera.

¿Mas que sé de dónde nace  
tu desamor?

TARSO: ¿Mas que no?

MELISA: Celillos son de Mireno.

TARSO: ¿Yo celillos? ¡Oh, qué bueno!  
Ya ese tiempo se acabó.

Mireno, el hijo de Lauro,  
a quien sirvo, y cuyo pan  
como, es discreto y galán,

y como tal le restauro  
vuestro amor; mas yo le miro  
tan libre, que en la ribera  
no hallaréis quien se prefiera  
a habelle dar un suspiro.  
Trújole su padre aquí  
pequeño, y bien sabéis vos  
que murmuran más de dos,  
aunque vive y anda así,  
que debajo del sayal  
que le sirve de corteza  
se encubre alguna nobleza  
con que se honra Portugal.  
No hay pastor en todo el Miño  
que no le quiera y respete,  
ni libertad que no inquiete  
como a vos; mas ved qué aliño,  
si la muerte habelle quiso  
tan desdeñoso y crüel,  
que hay dos mil Ecos por él  
de quien es sordo Narciso.  
Como os veis de él despreciada,

ahora os venís acá;  
mas no entraréis porque está  
el alma a puerta cerrada.

MELISA: En fin, ¿no me quieres?

TARSO: No.

MELISA: Pues, para ésta, de un ingrato,  
que yo castigue tu trato.

TARSO: ¿Castigarme a mí vos?

MELISA: ¡Yo!

Presto verás, fementido,  
si te doy más de un cuidado;  
que nunca el hombre rogado  
ama como aborrecido.

TARSO: ¡Bueno!

MELISA: Verás lo que pasa.

Celos te dará un pastor;  
que, cuando se pierde amor,  
ellos le vuelven a casa.

*Vase [MELISA]*

TARSO:                   ¿Sí? Andad. Échome a temer  
alguna burla, aunque hablo;  
que no tendrá miedo al diablo  
quien no teme a una mujer.

*Sale MIRENO, pastor*

MIRENO:               ¿Es Tarso?

TARSO:                   ¡Oh, Mireno! Soy  
tu amigo fiel, si este nombre  
merece tener un hombre  
que te sirve.

MIRENO:                   Todo hoy  
te ando a buscar.

TARSO:                   Melisa  
me ha detenido aquí una hora;  
y cuanto más por mí llora,  
más me muero yo de risa.

Pero, ¿qué hay de nuevo?

MIRENO:                   Amigo,  
la mucha satisfacción

que tengo de tu afición  
me obliga a tratar contigo  
lo que, a no quererte tanto,  
ejecutará sin ti.

TARSO: De ver que me hables así  
por ser tan nuevo, me espanto.  
Contigo, desde pequeño,  
me crió Lauro, y aunque,

según mi edad, ya podré  
gobernar casa y ser dueño,  
quiero más, por el amor  
que ha tanto que te he cobrado,  
ser en tu casa criado  
que en la mía ser señor.

MIRENO: En fe de haber descubierto  
mi experiencia que es así  
y hallar, Tarso, ingenio en ti,  
puesto que humilde, despierto,  
pretendo en tu compañía  
probar si, hasta donde alcanza  
la barra de mi esperanza,



llega la ventura mía.  
Mucho ha que me tiene triste  
mi altiva imaginación  
cuya soberbia ambición  
no sé en qué estriba o consiste.  
Considero algunos ratos  
que los cielos, que pudieron  
hacerme noble y me hicieron  
un pastor, fueron ingratos;  
y que, pues con tal bajeza  
me acobardo y avergüenzo,  
puedo poco, pues no venzo  
mi misma naturaleza.  
Tanto el pensamiento cava  
en esto, que ha habido vez  
que, afrentando la vejez  
de Lauro, mi padre, estaba  
por dudar si doy su hijo  
o si me hurtó a algún señor;  
aunque de su mucho amor  
mi necio engaño colijo.  
Mil veces, estando a solas,

le he preguntado si acaso  
el mundo, que a cada paso  
honras anega en sus olas,  
le sublimó a su alto asiento  
y derribó del lugar  
que intenta otra vez cobrar  
me atrevido pensamiento;  
porque el ser advenedizo  
aquí anima mi opinión,  
y su mucha discreción  
dice claro que es postizo  
su grosero oficio y traje,  
por más que en él se reporte,  
pues más es para la corte  
que los montes su lenguaje.  
Siempre, Tarso, ha malogrado  
estas imaginaciones,  
y con largas digresiones  
mil sucesos me ha contado,  
que todos paran en ser,  
contra mis intentos vanos,  
progenitores villanos

los que me dieron el ser.  
Esto, que había de humillarme,  
con tal violencia me altera  
que de esta vida grosera  
me ha forzado a desterrarme;  
y que a buscar me desmande  
lo que mi estrella destina,  
que a cosas grandes me inclina  
y algún bien me aguarda grande;  
que, si tan pobre nací  
como el hado me crió,  
cuanto más me hiciere yo,  
más vendré a deberme a mí.

Si quieres participar  
de mis males o mis bienes,  
buena ocasión, Tarso, tienes;  
déjame de aconsejar  
y determínate luego.

TARSO: Para mí bástame el verte,  
Mireno, de aquesa suerte.  
Ni te aconsejo ni ruego.  
Discreto eres. Estodiado

has con el cura. Yo quiero seguirte aunque considero de Lauro el nuevo cuidado.

MIRENO: Tarso, si dichoso soy, yo espero en Dios de trocar en contento su pesar.

TARSO: ¿Cuándo has de irte?

MIRENO: Luego.

TARSO: ¿Hoy?

MIRENO: Al punto.

TARSO: ¿Y con qué dinero?

MIRENO: De dos bueyes que vendí lo que basta llevo aquí.

Vamos derecho a Avero, y compraréte una espada y un sombrero.

TARSO: ¡Plegue a Dios que no volvamos los dos como perro con pedrada!

*Vanse. Salen RUY Lorenzo y VASCO, lacayo*

VASCO: Señor, vuélvete al bosque, pues  
conoces  
que apenas estaremos aquí una hora  
cuando las postas nos darán alcance;  
y los villanos de estas caserías  
que nos buscan cual galgos a las liebres,  
si nos cogen, harán la remembranza  
de Cristo y su prisión hoy con nosotros;  
y quedaremos, por nuestros pecados,  
en vez de remembrados, desmembrados.

RUY: Ya, Vasco, es imposible que la vida  
podamos conservar; pues cuando el cielo  
nos librase de tantos que nos buscan,  
el hambre vil, que con infames armas  
debilita las fuerzas más robustas  
nos tiene de entregar al duque fiero.

VASCO: Para le hambre y sus armas no  
hay acero.

RUY: Por vengar la deshonra de mi her-  
mana  
que el conde de Estremoz tiene usurpada,  
su firma en una carta contrahice;

y, saliéndome inútil esta traza,  
busqué quien con su muerte me vengase;  
mas nada se le cumple al desdichado,  
y, pues lo soy, acabe con la vida;  
que no es bien muera de hambre habiendo es-  
pada.

VASCO:           ¿Es posible que un hombre que se  
tiene  
por hombre, como tú, hecho y derecho,  
quisiese averiguar por tales medios  
si fue forzada o no tu hermana? Dime,  
¿piensas de veras que en el mundo ha habido  
mujer forzada?

RUY:                   ¿Agora dudas de eso?  
¿No están llenos los libros, las historias  
y las pinturas de violentos raptos  
y forzosos estupros que no cuento?

VASCO:           Riyérame a no ver que aquesta  
noche  
los dos habemos de cenar con Cristo,  
aunque hacer colación me contentara  
en el mundo, y a oscuras me acostara.

Ven acá. Si Leonela no quisiera  
dejar coger las uvas de su viña,  
¿no se pudiera hacer toda un ovillo,  
como hace el erizo, y a puñadas,  
aruños, coces, gritos, y a bocados,  
dejar burlado a quien su honor maltrata,  
en pie su fama y el melón sin cata?  
Defiéndose una yegua en medio un campo  
de toda una caterva de rocines,  
sin poderse quejar, "¡Aquí del cielo,  
que me quitan mi honra!" como puedo  
una mujer honrada en aquel trance.  
Escápase una gata como el puño  
de un gato zurdo y otro carriromo  
por los caramanchones y tejados  
con sólo decir "miao" y echar un fufo.  
¿Y quieren estas daifas persuadirnos  
que no pueden guardar sus pertinencias  
de peligros nocturnos? Yo aseguro,  
si como echa a galeras la justicia  
los forzados, echara las forzadas,  
que hubiera menos, y ésas más honradas.

*Salen MIRENO y TARSO*

TARSO: Jurómela Melisa. ¡Lindo cuento será el ver que la he dado cantonada!

MIRENO: Mal pagaste su amor.

TARSO: Dala a Pilatos,  
que es más mudable que hato de gitanos;  
más arrequives tienen sus amores  
que todo un canto de órgano; no quiero  
sino seguirte a ti por mar y tierra  
y trocar los amores por la guerra.

RUY: Gente suena.

VASCO: Es verdad; y aun en mis  
calzas

se han sonado de miedo las narices  
del rostro circular, romadizadas.

RUY: Perdidos somos.

VASCO: ¡Santos estrellados!  
Doleos de quien de miedo está en tortilla;  
y, si hay algún devoto de lacayos,





Y vosotros, ¿dó bueno? Que esta senda se aparta del camino real y guía a unas caserías que se muestran al pie de aquella sierra.

RUY: Tus palabras declaran tu bondad, pastor amigo. Por vengar la deshonra de una hermana intenté dar la muerte a un poderoso; y, sabiendo mi honrado atrevimiento, el duque manda que me siga y prenda su gente por aquestos despoblados; y ya, desesperado de librarme, salgo al camino. Quíteme la vida, de tantos, por honrada, perseguida.

MIRENO: Lástima me habéis hecho y, ¡vive el cielo!, que, si como la suerte avara me hizo un pastor pobre, más valor me diera, por mi cuenta tomara vuestro agravio. Lo que se puede hacer, de mi consejo, es que los dos troquéis esos vestidos por aquestos groseros; y encubiertos

os libraréis mejor hasta que el cielo  
a daros su favor, señor, comience;  
porque la industria los trabajos vence.

RUY:                ¡Oh, noble pecho, que entre paños  
bastos

descubre el valor mayor que he visto!  
Páguete el cielo, pues que yo no puedo,  
ese favor.

MIRENO:                La diligencia importa.  
Entremos en lo espeso y trocaremos  
el traje.

RUY:                Vamos. ¡Venturoso he sido!

*Vanse los dos*

TARSO:                ¿Y habéis también de darme por  
mi sayo  
esas abigarradas, con más cosas  
que un menudo de vaca?

VASCO:                Aunque me pese.

TARSO:           Pues dos liciones me daréis primero  
porque con ellas pueda hallar el tino,  
entradas y salidas de esa Troya;  
que, pardiez, que aunque el cura sabe tanto,  
que canta un "parce mihi" por do quiere,  
no me supo vestir el día del Corpus,  
para her el rey David.

VASCO:                       Vamos; que presto  
os la[s] sabréis poner.

TARSO:                       Como hay maestros  
que enseñan a leer a los muchachos,  
¿no pudieran poner en cada villa  
maestros con salarios y con pagas  
que mos dieran lición de calzar bragas?

*Salen DORISTO, alcalde, LARISO y DENIO,  
pastores*

DORISTO:           Ya los vestidos y señas  
del amo y criado sé.

Callad, que yo os lo pondré,  
Lariso, cual digan dueñas.

LARISO:                   ¿Que quiso matar al conde?  
¿Verá el bellaco!

DORISTO:                   Par Dios,  
que si los cojo a los dos  
y el diablo no los esconde,  
que he de llevarlos a Avero  
con cepo y grillos.

DENIO:                   ¡Verá!  
¿Qué bestia los llevará  
en el cepo?

DORISTO:                   Regidero,  
no os metáis en eso vos;  
que no empuño yo de balde  
el palillo. ¿No so alcalde?  
Pues yo os juro, a non de Dios,  
que ha de her lo que publico  
y que los ha de llevar  
con el cepo hasta el lugar  
de Avero vueso borrico.

LARISO:                   Busquémoslos; que después

quillotraremos el modo  
con que han de ir.

DORISTO: El monte todo  
está cercado. Por pies  
no se irán.

DENIO: Amo y lacayo  
han de estar aquí escondidos.

LARISO: Las señas de los vestidos,  
sombrreros, capas y sayo  
del mozo en la cholla llevo.

DORISTO: Si los prendemos, por paga  
diré al duque no mos haga  
par del olmo, un rollo nuevo.

LARISO: Hombre sois de gran meollo  
si rollo en el puebro hacéis.

DORISTO: Él será tal que os honréis  
que os digan, "Váyase al rollo."

*Vanse. Salen RUY Lorenzo, de pastor, y MI-  
RENO, de  
galán*

RUY: De tal manera te asienta  
el cortesano vestido  
que me hubiera persuadido  
a que eras hombre de cuenta,  
no haber visto primero  
que ocultaba la belleza  
de los miembros la bajeza  
de aqueste traje grosero.  
Cuando se viste el villano  
las galas del traje noble,  
parece imagen de roble  
que no mueve pie ni mano;  
ni hay quien persuadirse pueda  
sin que es, como sospech[a],  
pared que, de adobes hecha,  
la cubre un tapiz de seda.  
Pero cuando en ti contemplo  
el desengaño con que andas  
y el donaire con que mandas  
ese vestido, otro ejemplo  
hallo en ti más natural,

que vuelve por tu decoro,  
llamándote imagen de oro  
con la funda de sayal.

Alguna nobleza infiero  
que hay en ti; pues te prometo  
que te he cobrado el respeto  
que al mismo duque de Avero.

¡Hágate el cielo como él!

MIRENO: Y a ti, con sosiego y paz

te vuelva sin el disfraz  
a tu estado; y fuera de él,  
con paciencia vencerás  
de la Fortuna el ultraje.

Si te ve un aquese traje  
mi padre, en él hallarás  
nuevo amparo; en él te fía,  
y dile que me destierra  
mi inclinación a la guerra;  
que espero en Dios que algún día  
buena vejez le he de dar.

RUY: Adiós, gallardo mancebo.

La espada sola me llevo



para poder evitar,  
si me conocen, mi ofensa.  
MIRENO: Haces bien; anda con Dios,  
que hasta la villa los dos  
aunque vamos sin defensa,  
no tenemos qué temer;  
y allá espadas compraremos.

*Sale VASCO, de pastor*

VASCO: Vámonos de aquí. ¿Qué hacemos?

Que ya me quisiera ver  
cien leguas de este lugar.

MIRENO: ¿Y Tarso?

VASCO: Allí desenreda  
las calzas, que agora queda  
comenzándose a atacar,  
muy enojado conmigo  
porque me llevo la espada,  
sin la cual no valgo nada.

MIRENO:           La tardanza os daña.

RUY:                       Amigo,  
adiós.

VASCO:                No está malo el sayo.

RUY:           Jamás borrará el olvido  
este favor.

VASCO:                Embutido  
va en un pastor un lacayo.

*Vase [RUY Lorenzo y VASCO]*

MIRENO:           Del castizo caballo descuidado,  
el hambre y apetito satisface

la verde hierba que en el campo nace,  
el freno duro del arzón colgado;

mas luego que el jaez de oro esmaltado  
le pone el dueño cuando fiestas hace,

argenta espumas, céspedes deshace,  
con el pretal sonoro alborotado.

Del mismo modo entre la encina y roble,  
criado con el rústico lenguaje

y vistiendo sayal tosco, he vivido;  
mas despertó mi pensamiento noble,  
como al caballo, el cortesano traje;  
que aumenta la soberbia el buen vestido.

*Sale TARSO, de lacayo*

TARSO:           ¿No ves las devanaderas  
que me han forzado a traer?

Yo no acabo de entender  
tan intrincadas quimeras.

¿No notas la confusión  
de calles y encrucijadas?

¿Has visto más rebanadas  
sin ser mis calzas melón?

¿Qué astrólogo tuvo esfera,  
di, menos inteligible?

¡Que ha una hora que no es posible  
topar con la faltriquera!

¡Válgame Dios! ¡El jüicio  
que tendría el inventor

de tan confusa labor  
y enmarañado edificio!

¡Qué ingenio! ¡Qué entendimiento!

MIRENO: Basta, Tarso.

TARSO: No te asombre;  
que ésta no ha sido obra de hombre.

MIRENO: ¿Pues de qué?

TARSO: De encantamiento.

Obra es digna de un Merlín,  
porque en estos astrolabios  
aun no hallarán los más sabios  
ningún principio ni fin.

Pero, ya que enlacayado  
estoy, y tú caballero,  
¿qué hemos de hacer?

MIRENO: Ir a Avero,  
que este traje ha levantado  
mi pensamiento de modo  
que a nuevos intentos vuelo.

TARSO: Tú querrás subir al cielo,  
y daremos en el lodo.

Mas, pues eres ya otro hombre,

por si acaso adonde fueres  
caballero hacerte quieres,  
¿no es bien que mudes el nombre?  
Que si el de Mireno no es bueno  
para nombre de señor.

MIRENO: Dices bien. No soy pastor,  
ni he de llamarme Mireno.

Don Dionís en Portugal  
es nombre ilustre y de fama.

Don Dionís desde hoy me llama.

TARSO: No le has escogido mal;  
que los reyes que ha tenido  
de ese nombre esta nación,  
eterna veneración  
ganaron a su apellido.

Extremado es el ensayo;  
pero, ya que así te ensalzas,  
dame un nombre que a estas calzas  
le venga bien, de lacayo;  
que ya el de Tarso me quito.

MIRENO: Escógele tú.

TARSO: Yo escojo,

si no lo tienes a enojo...

¿No es bueno...?

MIRENO: ¿Cuál?

TARSO: Gómez Brito.

¿Qué te parece?

MIRENO: ¡Extremado!

TARSO: ¡Gentiles cascos, por Dios!

Sin ser obispo, los dos  
mos habemos confirmado.

*Salen DORISTO, LARISO y DENIO y pastores  
con armas  
y sogas*

DORISTO: ¡Válgaos el dimunio, amén!

¿Que nos los hemos de hallar?

LARISO: Si no es que saben volar  
imposible es que no estén  
entre estas matas y peñas.

DENIO: Busquémoslos por lo raso.

LARISO: ¿No so[n] éstos?

DORISTO: Habrad paso.

LARISO: Par Dios, conforme las señas,  
que son los propios.

DORISTO: Atalde  
los brazos, pues veis que están  
sin armas.

DENIO: Rendíos, galán.

LARISO: Tené al rey.

DORISTO: Tené al alcalde.

*Por detrás los cogen y atan*

MIRENO: ¿Qué es esto?

TARSO: ¿Estáis en vosotros?

¿Por qué no prendéis?

DORISTO: Por gatos.

¡Aho! ¿No veis qué mojigatos  
hablan? Sabéis ser quillotros  
para dar la muerte al conde,  
y, ¿pescudaisnos por qué  
os prendemos?

DENIO: ¡Bueno, a fe!

TARSO: ¿Qué conde o qué muerte?

¿Adónde

mos habéis visto otra vez?

DORISTO: Allá os lo dirá el verdugo

cuando os cuelgue cual besugo

de las agallas y nuez.

MIRENO: A no llevarme la espada,

ya os fuerais arrepentidos.

TARSO: El truco de los vestidos

mos ha dado esta gatada.

¡Ah, mi señor don Dionís!

¿Es aquésta la ganancia

de la guerra? ¿Qué ignorancia

te engañó?

DORISTO: ¿Qué barbillas?

TARSO: Tarso quiero ser, no Brito;

ganadero, no lacayo.

Por bragas quiero mi sayo.

Las ollas lloro de Egipto.

LARISO: ¿Quieres callar, bellacón?

Darle de peñas quiero.



DORISTO: Alto, a Avero.

MIRENO: Pues a Avero

nos llevan, ten corazón;

que cuando el duque nos vea,

caerán éstos en su engaño

sin que nos mande hacer daño.

DORISTO: Rollo tendrá muesa aldea.

DENIO: Cuando bajo el olmo le hagas,

en él haremos concejo.

TARSO: Yo de ninguno me quejo,

si de estas malditas bragas...

¿Quién ha visto tal ensayo?

MIRENO: ¿Qué temes, necio? ¿Qué dudas?

TARSO: Si me cuelgan y hago un Judas,

sin hacer Judas lacayo,

¿no he de llorar y temer?

Hoy me cuelgan del cogollo.

DORISTO: En la picota del rollo

un reloj he de poner.

Vamos.

LARISO: Bien el puebro ensalzas.

TARSO: Si te quieres escapar



y miente el vulgo ligero.

JUANA: Bien hay que estimar y ver;  
pero no habéis de querer  
que así tan despacio os goce.

ANTONIO: Si el de Avero me conoce,  
y me obliga a detener,  
caer en falta recelo  
con el rey.

JUANA: Pues si eso pasa,  
de mi gusto al vuestro apelo;  
mas, si sabe que en su casa  
don Antonio de Barcelo,  
conde de Penela, ha estado  
y que encubierto ha pasado  
cuando le pudo servir  
en ella, halo de sentir  
con exceso; que en su estado  
jamás llegó caballero  
que por inviolables leyes  
no le hospede.

ANTONIO: Así lo infiero;  
que es nieto, en fin, de los reyes

de Portugal el de Avero.  
Pero, dejando esto, prima;  
¿tan notable es la beldad  
que en sus dos hijas sublima  
el mundo?

JUANA:                               ¿Es curiosidad  
o el alma acaso os lastima  
el ciego?

ANTONIO:                           Mal sus centellas  
me pueden causar querellas  
si de su vista no gozo;  
curiosidades de mozo  
a Avero me traen a vellas.  
¿Cómo tengo de querer  
lo que no he llegado a ver?

JUANA:           De que eso digáis me pesa.  
Nuestra nación portuguesa  
esta ventaja ha de hacer  
a todas; que porque asista  
aquí Amor, que es su interés,  
ha de amar en su conquista  
de oídas el portugués,





con ellas. Ponte a esta parte.

*[Don ANTONIO se pone a la puerta o detrás de un cancel]. Sale el DUQUE, el CONDE, [doña] SERAFINA y doña MADALENA. [El DUQUE habla aparte al CONDE]*

DUQUE: Digo, conde don Düarte  
que todo se cumpla así.

CONDE: Pues el rey, nuestro señor,  
favorece la privanza  
del hijo del de Berganza,  
y a vuestra hija mayor  
os pide para su esposa,  
escriba vuestra excelencia  
que, con su gusto y licencia,  
doña Serafina hermosa  
lo será mía.

DUQUE: Está bien.

CONDE: Pienso que su majestad

me mira con voluntad,  
y que lo tendrán por bien;  
yo y todo le escribiré.

DUQUE: No lo sepa Serafina  
hasta ver si determina  
el rey que la mano os dé;  
que es muchacha; y descuidada,  
aunque portuguesa, vive  
de que tan presto cautive  
su libertad la lazada  
o nudo del matrimonio.

*[Hablan aparte don ANTONIO y doña JUANA]*

JUANA: Presto os habéis divertido.  
Decid, ¿qué os han parecido  
las hermanas, don Antonio?

ANTONIO: No sé el alma a cuál se inclina,  
ni sé lo que hacer ordena.  
Bella es doña Madalena,  
pero dona Serafina



es el sol de Portugal.  
Por la vista el alma bebe  
llamas de amor entre nieve,  
por el vaso de cristal  
de su divina blancura;  
la fama ha quedado corta  
en su alabanza.

DUQUE:                                Esto importa.

ANTONIO:            Fénix es de la hermosura.

DUQUE:                Llegaos, Madalena, aquí.

CONDE:                Pues me da el duque lugar,  
mi serafín, quiero hablar  
si hay atrevimiento en mí  
para que vuele tan alto  
que a serafines me iguale.

ANTONIO:            Prima, a ver el alma sale  
por los ojos el asalto  
que Amor le da poco a poco.  
Ganárame si me pierdo.

JUANA:                Vos entraste, primo, cuerdo,  
y pienso que saldréis loco.

DUQUE:                Hija, el rey te honra y estima.

Cuán bien te está considera.

MADALENA: Mi voluntad es de cera.

Vueselencia en ella imprima  
el sello que más le cuadre,  
porque en mí sólo ha de haber  
callar con obedecer.

DUQUE: ¡Mil veces dichoso padre  
que oye tal!

CONDE: Las dichas mías,  
como han subido al extremo  
de su bien, que caigan temo.

SERAFINA: Conde, esas filosofías  
ni las entiendo ni son  
de mi gusto.

CONDE: Un serafín  
bien puede alcanzar el fin  
y el alma de una razón.

No digáis que no entendéis,  
serafín, lo que alcanzáis.

SERAFINA: ¡Jesús, qué de ello que habláis!

CONDE: Si soy hombre, ¿qué queréis?  
Por palabras los intentos

quiere que expliquemos Dios;  
que, a ser serafín cual vos,  
con solos los pensamientos  
nos habláramos.

SERAFINA:                       ¿Que Amor  
habla tanto?

CONDE:                         ¿No ha de hablar?

SERAFINA:     No; que hay poco que fiar  
de un niño, y más, hablador.

CONDE:             En todo os hizo perfeta  
el cielo con mano franca.

ANTONIO:     Prima, para ser tan blanca,  
notablemente es discreta.

¡Qué agudamente responde!

Ya han esmaltado los cielos  
el oro de Amor con celos.

Mucho me enfada este conde.

JUANA:             ¡Pobre de vuestra esperanza  
si tal contrario la asalta!

DUQUE:             Un secretario me falta  
de quien hacer confianza;  
y aunque esta plaza pretenden

muchos por diversos modos  
de favores, entre todos  
pocos este oficio entienden.

Trabajo me ha de costar  
en tal tiempo estar sin él.

MADALENA: A ser el pasado fiel  
era ingenio singular.

DUQUE: Sí; mas puso en contingencia  
mi vida y reputación.

*Salen los pastores, [DORISTO, LARISO Y  
DENIO] y  
traen presos a MIRENO y TARSO*

DORISTO: Ande apriesa el bellacón.

LARISO: Aquí está el duque.

TARSO: Paciencia  
me dé Herodes.

DENIO: ¡Aho! Llegá,  
pues sois alcalde y habralde.

DORISTO: Buen viejo, yo so el alcalde

y vos el duque.

LARISO: ¡Verá!

Llegaos más cerca.

DORISTO: Y sopimos

yo, el herrero y su mujer  
que mandábades prender  
estos bellacos y fuimos  
Bras Llorente y Gil Bragado...

TARSO: Aquése yo lo seré  
pues por mi mal me embragué.

DORISTO: Y después de haber llamado  
a concejo el regidero  
Pero Mínguez... Llegá acá,  
que no sois bestia y habrá.  
Decid lo demás.

LARISO: No quiero.  
Decildo vos.

DORISTO: No estodié  
sino hasta aquí. En concrusión,  
éstos los ladrones son  
que por sólo heros mercé  
prendimos yo y Gil Mingollo.

Haga lo que el pueblo pide  
su duquencia, y no se olvide  
lo que le dije del rollo.

DUQUE:            ¡Hay mayor simplicidad!  
Ni he entendido a lo que vienen  
ni por qué delito tienen  
así estos hombres. Soltad  
los presos y decid vos  
qué insulto habéis cometido  
para que os hayan traído  
de aquea suerte a los dos.

*De rodillas*

MIRENO:        Si lo es el favorecer,  
gran señor, a un desdichado,  
perseguido y acosado  
de tus gentes y poder,  
y juzgas por temerario  
haber trocado el vestido  
por dalle vida, yo he sido...

DUQUE: ¿Tú libráste al secretario?

Pero sí; que aquese traje  
era suyo. Di, traidor,  
¿por qué le diste favor?

MIRENO: Vueselencia no me ultraje,  
ni ese título me dé;  
que no estoy acostumbrado  
a verme así despreciado.

DUQUE: ¿Quién eres?

MIRENO: No soy. Seré;  
que sólo por pretender  
ser más de lo que hay en mí  
menosprecié lo que fui  
por lo que tengo de ser.

DUQUE: No te entiendo.

MADALENA: (¡Extraña audacia  
Aparte  
de hombre! El poco temor  
que muestra dice el valor  
que encubre. De su desgracia  
me pesa.)

DUQUE: Di, ¿conocías

al traidor que ayuda diste?  
Mas, pues por él te pusiste  
en tal riesgo, bien sabías  
quién era.

MIRENO: Supe que quiso  
dar muerte a quien deshonró  
su hermana, y después te dio  
de su honrado intento aviso;  
y, enviándole a prender,  
le libré de ti, espantado  
por ver que el que esta agraviado  
persigas; debiendo ser  
favorecido por ti,  
por ayudar al que ha puesto  
en riesgo su honor.

CONDE: (¿Qué es esto? Apar-  
te

¿Ya anda derramada así  
la injuria que hice a Leonela?)

DUQUE: ¿Sabes tú quién la afrentó?

MIRENO: Supiéralo, señor, yo;  
que a sabello...



DUQUE: Fue cautela  
del traidor para engañarte.  
Tú sabes adónde está  
y así forzoso será  
si es que pretendes librarte,  
decillo.

MIRENO: ¡Bueno sería,  
cuando adonde está supiera,  
que un hombre como yo hiciera,  
por temor, tal villanía!

DUQUE: ¿Villanía es descubrir  
un traidor? Llevalde preso;  
que si no ha perdido el seso  
y menosprecia el vivir,  
él dirá dónde se esconde.

MADALENA: Ya deseo de libralle;  
que no merece su talle  
tal agravio.

DUQUE: Intento, conde,  
vengaros.

CONDE: Él lo dirá.

TARSO: (¡Muy gentil ganancia espero!)

Aparte

DUQUE: Vamos; que responder quiero al rey.

TARSO: (Medrándose va

Aparte

con la mudanza de estado y nombre de don Dionís!)

DUQUE: Viviréis si lo decís.

MIRENO: (La Fortuna ha comenzado

Aparte

a ayudarme; ánimo ten, porque en ella es natural, cuando comienza por mal, venir a acabar en bien.)

TARSO: Bragas, si una vez os dejo, nunca más transformación.

*Llévanlos presos*

DUQUE: Meted una petición

vosotros en mi consejo  
de lo que queréis; que allí  
se os pagará este servicio.

DORISTO: Vos, que tenéis buen juicio,  
la peticionad.

LARISO: Sea así.

DORISTO: Señor, por este cuidado  
haga un rollo en mi lugar,  
tal que se pueda ahorcar  
en él cualquier hombre honrado.

*Vanse los pastores, el DUQUE y el CONDE;  
quedan los  
demás*

MADALENA: Mucho, doña Serafina,  
me pesa ver llevar preso  
aquel hombre.

SERAFINA: Yo confieso  
que a rogar por él me inclina  
su buen talle.



## FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

*Sale doña MADALENA, sola*

MADALENA:       ¿Qué novedades son éstas,  
altanero pensamiento?  
¿Qué torres sin fundamento  
tenéis en el aire puestas?  
¿Cómo andáis tan descompuestas,  
imaginaciones locas?  
Siendo las causas tan pocas,  
¿queréis exponer mis menguas  
a jüicio de las lenguas  
y a la opinión de las bocas?  
Ayer guardaban los cielos

el mal de vuestra esperanza  
con la tranquila bonanza  
que agora inquietan desvelos.  
Al conde de Vasconcelos,  
o a mi padre di, en su nombre,  
el sí; mas, porque me asombre,  
sin que mi honor lo resista  
se entró al alma, a escala vista,  
por la misma vista un hombre.  
Vióle en ella, y fuera exceso,  
digno de culpa mi error,  
a no saber que el Amor  
es niño, ciego y sin seso.  
¿A un hombre extranjero y preso,  
a mi pesar, corazón,  
habéis de dar posesión?  
¿Amar al conde no es justo?  
¡Mas, ay! Que atropella el gusto  
las leyes de la razón.  
Mas, pues, a mi instancia está  
por mi padre libre y suelto,  
mi pensamiento resuelto

bien remediarse podrá.  
Forastero es; si se va,  
con pequeña resistencia  
podrá sanar la paciencia  
el mal de mis desconciertos;  
pues son médicos expertos  
de Amor el tiempo y la ausencia.

Pero, ¿con qué rigor trazo  
el remedio de mi vida?

Si puede sanar la herida,  
crueldad es cortar el brazo.

Démosle a Amor algún plazo,  
pues su vista me provoca;  
que, aunque es la efímera loca,  
ninguno al enfermo quita  
el agua que no permita  
siquiera enjaguar la boca.

Hacerle quiero llamar.

--¡Ah, doña Juana!-- Teneos,  
desenfrenados deseos,  
si no os queréis despeñar.

¿Así vais a publicar





JUANA: Pretende  
al favor que ha recibido  
por ti, ser agradecido.

MADALENA: (Áspides en rosas vende.)

Aparte

JUANA: ¿Entrará?

MADALENA: (Si preso prende,

Aparte

si maltratado maltrata,

si atado las manos ata

las de mi gusto resuelto,

¿qué ha de hacer presente y suelto,

quien ausente y preso mata?)

Dile que vuelva a la tarde;

que agora ocupada estoy.

Mas oye. No vuelva.

JUANA: Voy.

MADALENA: Escucha. Di que se aguarde,  
mas, váyase; que ya es tarde.

JUANA: ¿Hase de volver?

MADALENA: ¿No digo

que sí? Ve.

JUANA: Tu gusto sigo.  
MADALENA: Pero torna. No se queje.  
JUANA: ¿Pues qué diré?  
MADALENA: Que me deje.  
(Y que me lleve consigo.) Aparte  
Anda. Di que entre.  
JUANA: Voy, pues.

*Vase [doña JUANA]*

MADALENA: Que, aunque venga a mi presencia,  
vencerá la resistencia  
hoy del valor portugués.  
El desear y ver es  
en la honrada y la no tal,  
apetito natural;  
y si deferencia se halla,  
es en que la honrada calla  
y la otra dice su mal.  
Callaré, pues que presumo

cubrir mi desasosiego,  
si puede encubrirse el fuego,  
sin manifestalle el humo.  
Mas bien podré, si consumo  
el tiempo a palabras vanas;  
pero las llamas tiranas  
del Amor, es cosa cierta  
que, en cerrándolas la puerta,  
se salen por las ventanas.  
Cuando les cierran la boca,  
por los ojos se saldrán;  
mas no las conocerán  
callando la lengua loca;  
que, si ella a Amor no provoca,  
nunca amorosos despojos  
dan atrevimiento a enojos  
si no es en cosas pequeñas;  
porque al fin hablan por señas  
cuando hablan solos los ojos.

*Sale MIRENO, galán, y dice de rodillas*

MIRENO: Aunque ha sido atrevimiento  
el venir a la presencia,  
señora, de vueselencia  
mi poco merecimiento,  
ser agradecido trato  
al recibido favor;  
porque el pecado mayor  
es el que hace un hombre ingrato.  
Por haber favorecido  
de un desdichado la vida,  
que al noble es deuda debida,  
me vi preso y perseguido;  
pero en la misma moneda  
me pagó el cielo, sin duda,  
pues libre, con vuestra ayuda,  
mi vida, señora, queda.  
¡Libre dije? Mal he hablado;  
que el noble, cuando recibe,  
cautivo y esclavo vive,  
que es lo mismo que obligado.  
Y, ojalá mi vida fuera

tal que, si esclava quedara,  
alguna parte pagara  
de esta merced, que ella hiciera  
excesos; pero, entre tantas  
que mi humildad envilecen  
y como esclavos ofrecen  
sus cuellos a vuestras plantas,  
a pagar con ella vengo  
la mucha deuda en que estoy;  
pues no os debo más si os doy,  
gran señora, cuanto tengo.

MADALENA: Levantaos del suelo.

MIRENO: Así  
estoy, gran señora, bien.

MADALENA: Haced lo que os digo.

(¿Quién Aparte  
me ciega el alma? ¡Ay de mí!)

¿Sois portugués?

*Levantándose*

MIRENO: Imagino  
que sí.

MADALENA: ¿Que lo imagináis?  
¿De esa suerte incierto estáis  
de quién sois?

MIRENO: Mi padre vino  
al lugar adonde habita,  
y es de alguna hacienda dueño,  
trayéndome muy pequeño;  
mas su trato lo acredita.  
Yo creo que en Portugal  
nacimos.

MADALENA: ¿Sois noble?

MIRENO: Creo  
que sí, según lo que veo  
en mi honrado natural,  
que muestra más que hay en mí.

MADALENA: ¿Y darán la obras vuestras  
si fuere menester, muestras  
que sois noble?

MIRENO: Creo que sí.  
Nunca de hacellas dejé.

MADALENA: "Creo," decís a cualquier punto.

¿Creéis, acaso, que os pregunto artículos de la fe?

MIRENO: Por la que debe guardar a la merced recibida de vueselencia mi vida, bien los puede preguntar, que mi fe su gusto es.

MADALENA: ¡Qué agradecido venís! ¿Cómo os llamáis?

MIRENO: Don Dionís.

MADALENA: Ya os tengo por portugués y por hombre principal; que en este reino no hay hombre humilde de vuestro nombre, porque es apellido real; y sólo el imaginaros por noble y honrado ha sido causa que haya intercedido con mi padre a libertaros.

MIRENO: Deudor os soy de la vida.

MADALENA: Pues bien; ya que libre estáis,  
¿qué es lo que determináis  
hacer de vuestra partida?  
¿Dónde pensáis ir?

MIRENO: Intento  
ir, señora, donde pueda  
alcanzar fama que exceda  
a mi altivo pensamiento.  
Sólo aquesto me destierra  
de mi patria.

MADALENA: ¿En qué lugar  
pensáis que podéis hallar  
esa ventura?

MIRENO: En la guerra;  
que el esfuerzo hace capaz  
para el valor que procuro.

MADALENA: ¿Y no será más seguro  
que la adquiráis en la paz?

MIRENO: ¿De qué modo?

MADALENA: Bien podéis  
granjealle si dais traza  
que mi padre os dé la plaza



de secretario, que veis  
que está vaca agora, a falta  
de quien la pueda suplir.

MIRENO: No nació para servir  
mi inclinación, que es más alta.

MADALENA: Pues cuando volar presuma,  
las plumas la han de ayudar.

MIRENO: ¿Cómo he de poder volar  
con solamente una pluma?

MADALENA: Con las alas del favor;  
que el vuelo de una privanza  
mil imposibles alcanza.

MIRENO: Del privar nace el temor,  
como muestra la experiencia;  
y tener temor no es justo.

MADALENA: Don Dionís, éste es mi gusto.

MIRENO: ¿Gusto es de vuesa excelencia  
que sirva al duque? Pues, alto.

Cúmplase, señora, así,  
que ya de un vuelo subí  
al primer móvil más alto.

Pues, si en esto gusto os doy,

ya no hay que subir más arriba;  
como el duque me reciba,  
secretario suyo soy.

Vos, señora, lo ordenad.

MADALENA: Deseo vuestro provecho,  
y así lo que veis he hecho;  
que, ya que os di libertad,  
pesárame que en la guerra  
la malograrais. Yo haré  
cómo esta plaza se os dé  
porque estéis en nuestra tierra.

MIRENO: Mil años el cielo guarde  
tal grandeza.

MADALENA: (Honor, huír  
Aparte  
que revienta por salir  
por la boca, Amor cobarde.)

Vase

MIRENO: Pensamiento, ¿en qué entendéis?

Vos, que a las nubes subís,  
decidme, ¿qué colegís  
de lo que aquí visto habéis?  
Declaraos, que bien podéis.  
Decidme, ¿tanto favor  
nace de sólo el valor  
que a quien honra ennoblece,  
o erraré si me parece  
que ha entrado a la parte Amor?  
¡Jesús! ¡Qué gran disparate!  
¡Temerario atrevimiento  
es el vuestro, pensamiento!  
Ni se imagine ni trate.  
Mi humildad el vuelo abate  
con que sube el deseo vario;  
mas, ¿por qué soy temerario  
si imaginar me prometo  
que me ama en lo secreto  
quien me hace su secretario?  
¿No estoy puesto en libertad

por ella? Y, ya sin enojos,  
por el balcón de sus ojos,  
¿no he visto su voluntad?  
¡Amor me tiene! Callad,  
lengua loca; que es error  
imaginar que el favor  
que de su nobleza nace,  
y generosa me hace,  
está fundado en amor.

Mas el desear saber  
mi nombre, patria y nobleza,  
¿no es amor? Ésa es bajeza.  
Pues, alma, ¿qué puede ser?  
Curiosidad de mujer.  
Si; mas, ¿dijera, alma, advierte,  
a ser eso de esa suerte  
sin reinar amor injusto,  
"Don Dionís, éste es mi gusto"?  
Este argumento, ¿no es fuerte?  
Mucho; pero mi bajeza  
no se puede persuadir  
que vuele y llegue a subir

al cielo de tal belleza;  
pero, ¿cuándo hubo flaqueza  
en mi pecho? Esperar quiero;  
que siempre el tiempo ligero  
hace lo dudoso cierto;  
pues mal vivirá encubierto  
el tiempo, amor y dinero.

*Sale TARSO*

TARSO: Ya que como a Daniel  
del lago, nos han sacado  
de la cárcel, donde he estado  
con menos paciencia que él,  
siendo la ira del duque  
nuestro profeta Habacú,  
¿qué aguardas más aquí tú  
a que el tiempo nos bazuque?  
¿Tanto bien nos hizo Avero  
que en él con tal sorna estás?  
Vámonos; pero dirás

que quieres ser caballero.  
Y poco faltó, por Dios,  
para ser en Portugal  
caballeros a lo asnal;  
pues que supimos los dos  
que el duque mandado había  
que, por las acostumbradas  
nos diesen las respuntadas  
orden de caballería.

MIRENO:            ¡Brito, amigo!

TARSO:                No soy Brito  
sino Tarso.

MIRENO:               Escucha necio.

TARSO:            Estas calzas menosprecio  
que me estorban infinito.

Ya que en Brito me transformas,  
sácame de aquestos grillos;  
que no fui yo por novillos  
para que me pongas cormas.

Quítamelas, y no quieras  
que alguna vez huela mal.

MIRENO:            ¡Peregrino natural!

¿Que nunca has de hablar de veras?

Digo que estás temerario.

TARSO: Braguirroto di que estoy.

¿Pero qué hay de nuevo?

MIRENO: Soy,

por lo menos, secretario  
del duque de Avero.

TARSO: ¿Cómo?

MIRENO: La que nos dio libertad  
de esta liberalidad  
es la autora.

TARSO: Mejor tomo  
tus cosas; ya estás en zancos.

MIRENO: Pues aún no lo sabes bien.

TARSO: Darte quiero el parabién;

y pues con los amos francos  
si algún favor me has de hacer  
y mi descanso permites,  
lo primero es que me quites  
estas calzas, que sin ser  
presidente, en apretones,  
después que las he calzado,

en ellas he despachado  
mil húmedas provisiones.

*Vanse. Salen don ANTONIO y doña  
JUANA*

ANTONIO: Prima, a quedarme aquí mi  
amor me obliga,  
aguarde el rey o no; que mi rey llamo  
sólo mi gusto; que el pesar mitiga  
que me ha de consumir, si ausente amo.  
Pájaro soy; sin ver de Amor la liga.  
Curiosamente me asenté en el ramo  
de la hermosura, donde preso quedo;  
volar pretendo pero más me enredo.  
El conde de Estremoz sirve y merece  
a doña Serafina; yo he sabido  
que el duque sus intentos favorece,  
y hacerla esposa suya ha prometido.  
Quien no parece, dicen que perece.  
Si no parezco, pues, y ya ni olvido



ni ausencia han de poder darme reposo,  
¿qué he de esperar ausente y receloso?  
Si mi adorado serafín supiera  
quién soy, y con decírselo aguardara  
recíprocos amores con que hiciera  
mi dicha cierta y mi esperanza clara,  
más alegre y seguro me partiera,  
y de su fe mi vida confiara;  
si se puede fiar el que es prudente  
del sol de enero y de mujer ausente.  
No me conoce y mi tormento ignora,  
y así en quedarme mi remedio fundo;  
que me parta después, o vaya agora  
a la presencia de don Juan Segundo,  
importa poco. Prima mía, señora,  
si no quieres que lllore y sepa el mundo  
el lastimoso fin que ausente espero,  
no me aconsejes el salir de Avero.

JUANA: Don Antonio, bien sabes lo que  
estimo  
tu gusto, y que el amor que aquí te enseñó  
al deudo corresponde que de primo

nuestra sangre te debe, como a dueño;  
si en que te quedas ves que te reprimo,  
es por ser este pueblo tan pequeño  
que has de dar nota en él.

ANTONIO: Ya yo procuro  
cómo sin que la dé, viva seguro.

Nunca me ha visto el duque, aunque me ha  
escrito.

Yo sé que busca un secretario experto,  
porque al pasado desterró un delito.

JUANA: Con risa el medio que has busca-  
do advierto.

ANTONIO: ¿No te parece, si en palacio  
habito

con este cargo, que podré encubierto  
entablar mi esperanza, como acuda  
el tiempo, la ocasión y más tu ayuda?

JUANA: La traza es extremada, aunque  
indecente,  
primo, a tu calidad.

ANTONIO: Cualquiera estado  
es noble con amor. No esté yo ausente

que con cualquiera oficio estaré honrado.

JUANA: Búsquese el modo, pues.

ANTONIO: El más urgente  
está ya concluído.

JUANA: ¿Cómo?

ANTONIO: He dado  
un memorial al duque en que le pido  
me dé esta plaza.

JUANA: Diligente has sido;  
mas, sin saberlo yo, culparte quiero.

ANTONIO: Del cuidadoso el venturoso  
nace;

hase encargado de él el camarero  
de quien dicen que el duque caudal hace.

JUANA: Mucho priva con él.

ANTONIO: Mi dicha espero  
si el cielo a mis deseos satisface  
y el camarero en la memoria tiene  
esta promesa.

JUANA: Primo, el duque viene.

*Salen el DUQUE y FIGUEREDO, su camarero*

DUQUE: Ya sabes que requiere aquese  
oficio

persona en quien concurren juntamente  
calidad, discreción, presencia y pluma.

FIGUEREDO: La calidad no sé; de esotras  
partes

le puedo asegurar a vueselencia

que no hay en Portugal quien conforme a ellas  
mejor pueda ocupar aquesa plaza.

Le letra, el memorial que vueselencia  
tiene suyo podrá satisfacelle;

DUQUE: Alto; pues tú le abonas, quiero  
velle.

FIGUEREDO: Quiérole ir a llamar. Pero de-  
lante

está de vueselencia. Llegá, hidalgo,  
que el duque, mi señor, pretende veros.

ANTONIO: Déme los pies, vueselencia.

DUQUE: Alzaos.

¿De dónde sois?

ANTONIO: Señor, nací en Lisboa.

DUQUE: ¿A quién habéis servido?

ANTONIO: Héme criado  
con don Antonio de Barcelos, conde  
de Penela, y os traigo cartas suyas,  
en que mis pretensiones favorece.

DUQUE: Quiero yo mucho al conde don  
Antonio,  
aunque nunca le he visto. ¿Por qué causa  
no me las habéis dado?

ANTONIO: No acostumbro  
pretender por favores lo que puedo  
por mi persona, y quise que me viese  
primero vueselencia.

DUQUE: Camarero,  
su talle y buen estilo me ha agradado.  
Mi secretario sois. Cumplan las obras  
lo mucho que promete esa presencia.

ANTONIO: Remítome, señor, a la experien-  
cia.

DUQUE: Doña Juana, ¿qué hacen Serafina  
y Madalena?

JUANA: En el jardín agora  
estaban las dos juntas, aunque entiendo  
que mi señora doña Madalena  
quedaba algo indispuesta.

DUQUE: ¿Pues qué tiene?

JUANA: Habrá dos días que anda melan-  
cólica,  
sin saberse la causa de este daño.

DUQUE: Ya la adivino yo; vamos a vella,  
que, como darla nuevo estado intento,  
la mudanza de vida siempre causa  
tristeza en la mujer honrada y noble;  
y no me maravillo esté afligida  
quien teme un cautiverio de por vida.

Doña Juana, quedaos; que como viene  
el mensajero de Lisboa, y conoce  
al conde de Penela, vuestro primo,  
tendréis que preguntarle muchas cosas.

JUANA: Es, gran señor, así.

DUQUE: Yo gusto de eso.  
Secretario, quedaos.

ANTONIO: Tus plantas beso.

*Vanse el DUQUE y FIGUEREDO*

ANTONIO: Venturoso han sido los principios.

JUANA: Si tienes por ventura ser criado de quien eres igual, ventura tienes.

ANTONIO: Ya por lo menos estaré presente,

y estorbaré los celos de algún modo que el conde de Estremoz me causa, prima.

JUANA: Dásele de él tan poco a quien adoras,

y de eso, primo, está tan olvidada, que en lo que pone agora su cuidado es sólo en estudiar con sus doncellas

una comedia, que por ser mañana Carnestolendas, a su hermana intenta representar, sin que lo sepa el duque.

ANTONIO: ¿Es inclinada a versos?

JUANA: Pierde el seso

por cosas de poesía, y esta tarde  
conmigo sola en el jardín pretende  
ensayar el papel, vestida de hombre.

ANTONIO: ¿Así me dices eso, doña Juana?

JUANA: Pues, ¿cómo quieres que lo diga?

ANTONIO: ¿Cómo?

Pidiéndome la vida, el alma, el seso,  
en pago de que me hagas tan dichoso  
que yo la pueda ver de aquesa suerte.

Así vivas más años que hay estrellas.

Así jamás el tiempo riguroso

consume la hermosura de que gozas.

Así tus pensamientos se te logren,

y el rey de Portugal, enamorado

de ti, te dé la mano, el cetro y vida.

JUANA: Paso; que tienes talle de casarme  
con el Papa, según estás sin seso.

Yo te quiero cumplir aqueste antojo.

Vamos, y esconderéte en los jazmines

y murtas que de cercas a los cuadros

sirven, donde podrás, si no das voces,

dar un hartazgo al alma.



ANTONIO: ¿Hay en Avero algún pintor?

JUANA: Algunos tiene el duque famosos; mas, ¿por qué me lo preguntas?

ANTONIO: Quiero llevar conmigo quien retrate mi hermoso serafín; pues fácilmente, mientras se viste, sacará el bosquejo.

JUANA: ¿Y si lo siente doña Serafina o el pintor lo publica?

ANTONIO: Los dineros ponen freno a las lenguas y los quitan. ¡O mátame o no impidas mis deseos!

JUANA: ¡Nunca yo hablara, o nunca tú lo oyeras, que tal prisa me das! Ahora bien, primero, en esto puedes ver lo que te quiero. Busca un pinto sin lengua, y no malparas; que, según los antojos diferentes que tenéis los que andáis enamorados, sospecho para mí que andáis preñados.

*Vanse. Salen el DUQUE y doña MADALENA*

DUQUE: Si darme contento es justo,  
no estés, hija, de esa suerte;  
que no consiste mi muerte  
más de en verte a ti sin gusto.

Esposo te dan los cielos  
para poderte alegrar  
sin merecer tu pesar  
el conde de Vasconcelos.

A su padre, el de Berganza,  
pues que te escribió, responde;  
escribe también al conde  
y no vea yo mudanza  
en tu rostro ni pesar  
si de mi vejez los días,  
con esas melancolías,  
no pretendes acortar.

MADALENA: Yo, señor, procuraré  
no tenerlas, por no darte  
pena, si es que un triste es parte

en sí de que otro lo esté.

DUQUE: Si te diviertes, bien puedes.

MADALENA: Yo procuraré servirte;  
y agora quiero pedirte  
entre las muchas mercedes  
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE: Con condición que se olvide  
aquesa tristeza, pide.

MADALENA: (Honra; el amor os despeña.)

Aparte

El preso que te pedí  
librases, y ya lo ha sido,  
de todo punto ha querido  
favorecerse de mí.

Con sólo esto, gran señor,  
parece que me ha obligado;  
y así, a mi cargo he tomado,  
con su aumento, tu favor.

Es hombre de buena traza  
y tiene extremada pluma.

DUQUE: Dime lo que quiere en suma.

MADALENA: Quisiera entrar en la plaza

de secretario.

DUQUE: Bien poco  
ha que dársele pudiera;  
aún no ha un cuarto de hora entera  
que está ocupado.

MADALENA: (¡Amor loco;  
Aparte  
muy bien despachado estáis!!  
Vos perderéis por cobarde  
pues acudiste tan tarde  
que con alas no voláis.)

DUQUE: Por orden del camarero  
a un mancebo he recibido  
que de Lisboa ha venido  
con aquese intento a Avero;  
y, según lo que en él vi,  
muestra ingenio y suficiencia.

MADALENA: Si gusta vuestra excelencia  
ya que mi palabra di,  
y él está con esperanza  
que le he de favorecer,  
pues me manda responder

al conde y al de Berganza,  
sabiendo escribir tan mal,  
quien quiera que se quedara  
en palacio y me enseñara;  
porque en mujer principal  
falta es grande no saber  
escribir cuando recibe  
alguna carta, o si escribe,  
que no se pueda leer.

Dándome algunas liciones,  
más clara la letra haré.

DUQUE: Alto, pues; lición te dé  
con que enmiendes tus borrones;  
que, en fin, con ese ejercicio  
la pena divertirás,  
pues la tienes porque estás  
ociosa; que el ocio es vicio.  
Entre por tu secretario.

MADALENA: Las manos quiero besarte.

*Sale el CONDE don Duarte*

CONDE: Señor...

DUQUE: ¡Conde don Düarte!

CONDE: Con contento extraordinario  
vengo.

DUQUE: ¿Cómo?

CONDE: El rey recibe  
con gusto mi pretensión,  
y sobre aquesta razón  
a vuestra excelencia escribe.

Dice que se servirá  
su majestad de que elija,  
para honrar mi casa, hija  
de vueselencia, y tendrá  
cuidado de aquí adelante  
de hacerme merced.

DUQUE: Yo estoy  
contento de eso, y os doy  
nombre de hijo; aunque importante  
será que disimuléis  
mientras doña Serafina  
al nuevo estado se inclina;

porque ya, conde, sabéis  
cuán pesadamente lleva  
esto de casarse agora.

CONDE: Hará el alma, que la adora,  
de sus sufrimientos prueba.

DUQUE: Yo haré las partes por vos;  
con ella perder recelo.

El conde de Vasconcelos  
vendrá pronto, y de las dos  
las bodas celebraré  
presto.

CONDE: El esperar da pena.

DUQUE: No estéis triste, Madalena.

MADALENA: Yo, señor, me alegraré  
por dar gusto a vueselencia.

DUQUE: Vamos a ver lo que escribe  
el rey.

CONDE: Quien espera y vive  
bien ha menester paciencia.

*Vanse los dos; queda [doña] MADALENA*

MADALENA: Con razón se llama amor  
enfermedad y locura;  
pues siempre el que ama procura,  
como enfermo, lo peor.  
Ya tenéis en casa, honor,  
quien la batalla os ofrece,  
y poco hará, me parece,  
cuando del alma os despoje,  
que quien el peligro escoge  
no es mucho que en él tropiece.  
Los encendidos carbones  
tragó Porcia, y murió luego.  
¿Qué haré yo, tragando el fuego,  
por callar, de mis pasiones?  
Diréle, no por razones,  
sino por señas visibles,  
los tormentos invisibles  
que padezco por no hablar;  
porque mujer y callar  
son cosas incompatibles.



*Vase. Salen doña JUANA, don ANTONIO y un PINTOR*

JUANA: Desde este verde arrayán,  
donde el sitio al Amor hurta[s]  
estos jazmines y murtas  
ser tus celosías podrán;  
pero que calle te aviso  
y tendrá tu amor buen fin.

ANTONIO: Ya sé que es mi serafín  
ángel de este paraíso;  
y yo, si acaso nos siente,  
será Adán echado de él.

JUANA: Yo haré que ensaye el papel  
aquí, para que esté enfrente  
del pintor, y retratalla  
con más facilidad pide.  
Vistiéndose de hombre queda,  
pues da en aquesto. A avisalla  
voy de que solo y cerrado  
está el jardín. Primo, adiós.

## Vase

ANTONIO: Pintores somos los dos;  
ya yo el retrato he copiado,  
que me enamora y abrasa.

PINTO: No entiendo ese pensamiento.

ANTONIO: Naípe es el entendimiento,  
pues la llama tabla rasa,  
a mil pinturas sujeto,  
Aristóteles.

PINTOR: Bien dices.

ANTONIO: Las colores y matices  
son especies del objeto,  
que los ojos que le miran  
al sentido común dan;  
que es obrador donde están  
cosas que el ingenio admiran,  
tan solamente en bosquejo,  
hasta que con luz distinta  
las ilumina y las pinta

el entendimiento, espejo  
que a todas da claridad.  
Pintadas las pone en venta,  
y para esto las presenta  
a la reina Voluntad,  
mujer de buen gusto y voto,  
que ama el bien perpetuamente,  
verdadero o aparente,  
como no sea bien ignoto;  
que lo que no es conocido  
nunca por ella es amado.

PINTOR: De esa suerte lo ha enseñado  
el filósofo.

ANTONIO: Traído  
de la pintura el caudal,  
todos los lienzos descoge  
y entre ellos compra y escoge  
una vez bien y otras mal.  
Pónele el marco de amor  
y como en velle se huelga,  
en la memoria le cuelga  
que es su camarín mayor.

Del mismo modo miré  
de mi doña Serafina  
la hermosura peregrina.  
Tomé el pincel, bosquejé.  
Acabó el entendimiento  
de retratar su beldad.  
Compróle la Voluntad,  
guarnecióle el pensamiento;  
que a la memoria le trajo  
y, viendo cuán bien salió,  
luego el pintor escribió  
"Amor me fecit" abajo.

¡Ves cómo pinta quien ama?

PINTOR:       Pues si ya el retrato tienes,  
¿por qué a retratalla vienes  
conmigo?

ANTONIO:               Aquéste se llama  
"retrato espiritual;"  
que la Voluntad, ya ves,  
que es sólo espíritu.

PINTOR:                       ¿Pues?

ANTONIO:       La vista, que es corporal,

para contemplar el rato  
que estoy solo su hermosura  
pide agora a tu pintura  
este corporal retrato.

PINTOR: No hay filosofía que iguale  
a la de un enamorado.

ANTONIO: Soy en amor graduado;  
mas oye, que mi bien sale.

*Sale doña SERAFINA, vestida de hombre; el  
vestido sea negro, y con ella doña JUANA*

JUANA: ¿Que aquesto de veras haces?  
¿Que en verte así no te ofendes?

SERAFINA: Fiestas de Carnestolendas  
todas paran en disfraces.

Deséome entretener  
de este modo; no te asombre  
que apetezca el traje de hombre  
ya que no lo puedo ser.

JUANA: Paréceslo de manera

que me enamoro de ti.

En fin, ¿esta noche es?

SERAFINA: Sí.

JUANA: A mí más gusto me diera  
que te holgaras de otros modos  
y no con representar.

JUANA: No me podrás tú juntar  
para los sentidos todos  
los deleites que hay diversos  
como en la comedia.

JUANA: Calla.

SERAFINA: ¿Que fiesta o juego se halla  
que no le ofrezcan los versos??

En la comedia, los ojos  
¿no se deleitan y ven  
mil cosas que hacen que estén  
olvidados tus enojos?

La música, ¿no recrea  
el oído y el discreto  
no gusta allí del conceto  
y la traza que desea?  
Para el alegre, ¿no hay risa?

Para el triste, ¿no hay tristeza?

Para el agudo, ¿agudeza?

Allí el necio, ¿no se avisa?

El ignorante, ¿no sabe?

¿No hay guerra para el valiente,

consejos para el prudente,

y autoridad para el grave?

Moros hay si quieres moros;

si apetecen tus deseos

torneos, te hacen torneos;

si toros, correrán todos.

¿Quieres ver los epítetos

que de la comedia he hallado?

De la vida es un traslado,

sustento de los discretos,

dama del entendimiento,

de los sentidos banquete,

de los gustos ramillete,

esfera del pensamiento,

olvido de los agravios,

manjar de diversos precios,

que mata de hambre a los necios

y satisface a los sabios.

Mira lo que quieres ser  
de aquestos dos bandos.

JUANA: Digo

que el de los discretos sigo,  
y que me holgara de ver  
la farsa infinito.

SERAFINA: En ella

¿cuál es lo malo que sientes?

JUANA: Sólo que tú representes.

SERAFINA: ¿Por qué, si sólo han de vella  
mi hermana y sus damas? Calla.

De tu mal gusto me admiro.

ANTONIO: Suspenso las gracias miro

con que habla. A retratalla  
comienza, si humana mano  
al vivo puede copiar

la belleza singular  
de un serafín.

PINTOR: Es humano.

Bien podré.

ANTONIO: ¿Pues, no te admiras



de su vista soberana?

SERAFINA: El espejo, doña Juana.  
Tocaréme.

*Trae [doña JUANA] un espejo*

JUANA: Si te miras  
en él, ten, señora, aviso,  
no te enamores de ti.

SERAFINA: ¿Tan hermosa estoy ansí?

JUANA: Temo que has de ser Narciso.

SERAFINA: ¡Bueno! De esta suerte quiero  
los cabellos recoger,  
por no parecer mujer  
cuando me quite el sombrero.

Pon el espejo. ¿A qué fin  
le apartas?

JUANA: Porque así impido  
a un pintor que está escondido  
por copiarte en el jardín.

SERAFINA: ¿Cómo es eso?

PINTOR: ¡Vive Dios,  
que aquesta mujer nos vende!

Si el duque acaso esto entiende,  
medrado habemos los dos.

SERAFINA: ¿En el jardín hay pintor?

JUANA: Sí. Deja que te retrate.

ANTONIO: ¡Cielos! ¿Hay tal disparate?

SERAFINA: ¿Quién se atrevió a eso?

JUANA: Amor,

que, como en Chipre, se esconde

enamorado de ti

por retratarte.

ANTONIO: Eso sí.

JUANA: (¡Cuál estará agora el conde!)

Aparte

SERAFINA: Humor tienes singular

aquesta tarde.

PINTOR: ¿Ha de ser

el vestido de mujer

con que la he de retratar,

o como agora está?

ANTONIO: Sí,

como está; porque se asombre  
el mundo que en traje de hombre  
un serafín ande así.

PINTOR: Sacado tengo el bosquejo.  
En casa lo acabaré.

SERAFINA: Ya de tocarme acabé.  
Quitar puedes el espejo.

¿No está bien este cabello?

¿Qué te parezco?

JUANA: Un Medoro.

SERAFINA: No estoy vestida de moro.

JUANA: No, mas pareces más bello.

SERAFINA: Ensayemos el papel,  
pues ya estoy vestida de hombre.

JUANA: ¿Cuál es de la farsa el nombre?

SERAFINA: "La portuguesa crüel."

JUANA: En ti el poeta pensaba  
cuando así la intituló.

SERAFINA: Portuguesa soy; crüel no.

JUANA: Pues a Amor, ¿que le faltaba  
a no sello?

SERAFINA: ¿Qué crueldad

has visto en mí?

JUANA: No tener  
a nadie amor.

*[Doña SERAFINA] vase poniendo el cuello y sombrero*

SERAFINA: ¿Puede ser  
el no tener voluntad  
a ninguno crueldad? Di.

JUANA: ¿Pues no?

SERAFINA: ¿Y será justa cosa,  
por ser para otros piadosa,  
ser yo crüel para mí?

PINTOR: ¡Par diez, que ella dice bien!

ANTONIO: ¡Pobre del que tal sentencia  
está escuchando!

PINTOR: ¡Paciencia!

ANTONIO: Mis temores me la den.

SERAFINA: Déjame ensayar y acaba.  
Verás cuál hago un celoso.

JUANA: ¿Qué papel haces?

SERAFINA: ¡Famoso!

Un príncipe que sacaba  
al campo, a reñir por celos  
de su dama, a un conde.

JUANA: Pues,  
comienza.

SERAFINA: No sé lo que es,  
pero escucha y fingirélos.

*Representa*

Conde, vuestro atrevimiento  
a tal término ha venido  
que ya la ley ha rotpido  
de mi honrado sufrimiento.  
Espantado estoy, por Dios,  
de vos y de Celia bella;  
de vos, porque habláis con ella;  
de ella porque os oye a vos;  
que supuesto que sabéis

las conocidas ventajas  
que hace a vuestra prendas bajas  
el valor que conocéis  
en mí, desacato ha sido;  
en vos, por habella amado,  
y en ella por haber dado  
a vuestro amor loco oído.  
Oye, no hay satisfacciones;  
que serán intento vanos,  
pues como no tenéis manos  
queréis vencerme a razones.  
Haga vuestro esfuerzo alarde,  
acábense mis recelos,  
que no es bien que me dé celos  
un hombre que es tan cobarde.

*Echa mano*

Muestra tu valor agora,  
medroso, infame enemigo.  
¡Muere!

JUANA:                    ¡Ay, ten! ¡Que no es conmigo  
la pesadumbre, señora!

SERAFINA:            ¿Qué te parece?

JUANA:                    Temí.

SERAFINA:            Enojéme.

JUANA:                    ¿Pues qué hicieras,  
a ser los celos de veras  
si te enojas siendo así?

ANTONIO:            ¿Hay celos con mayor gracia?

PINTOR:            Estoy mirándola loco.

¡Donaire extraño!

JUANA:                    Por poco  
sucediera una desgracia,  
de verte tuve temor.

Un valentón bravo has hecho.

SERAFINA:            Oye agora. Satisfecho  
de mi dama y de su amor,  
del enojo que la di,  
muy a lo tierno la pido  
me perdone arrepentido.

JUANA:                Eso será bueno. Di.

## *Representa*

SERAFINA: Los cielos me son testigos  
si el enojo que te he dado  
al alma no me ha llegado.  
Mi bien, seamos amigos.  
Basta. No haya más enojos,  
pues yo propio me castigo.  
Vuelvan a jugar conmigo  
las dos niñas de esos ojos.  
Quitad el ceño. No os note  
mi amor niñas soberanas;  
que dirá que sois villanas  
viéndoos andar con capote.  
¿De qué sirve este desdén,  
mi gloria, mi luz, mi cielo,  
mi regalo, mi consuelo,  
mi paz, mi gloria, mi bien?  
¿Que no me quieres mirar?  
¡Que esto no te satisfaga!  
Mátame, toma esta daga.



Mas no me querrás matar;  
que aunque te enojas, yo sé  
que en mí tu gusto se emplea.  
No hayas más, mi Celia. ¡Ea,  
mira que me enojaré!

*Va a abrazar a doña JUANA*

Como te adoro, me atrevo;  
no me apartes, no te quites.  
JUANA: Pasito, que te derrites.  
De nieve te has vuelto sebo.  
Nunca has sido, sino agora,  
portuguesa.

ANTONIO: ¡Ah, cielo santo!  
¡Quién la dijera otro tanto  
como ha dicho.

JUANA: Di, señora,  
¿es posible que quien siente  
y hace así un enamorado  
no tenga amor?

SERAFINA: No me ha dado  
hasta ahora ese accidente  
porque su provecho es poco,  
y la pena que da es mucha.  
Aqueste romance escucha.  
¡Verás cuán bien finjo un loco!

*Representa*

¿Que se casa con el conde  
y me olvida Celia? ¡Cielos!  
Pero mujer y mudanza  
tienen un principio mismo.  
¿Qué se hicieron los favores  
que cual flores prometieron  
el fruto de mi esperanza?  
Mas fueron flores de almendro;  
un cierzo las ha secado.  
Loco estoy, matarme quiero;  
piérdase también la vida,  
pues ya se ha perdido el seso.

Mas, no; vamos a las bodas;  
que razón es, pensamiento,  
pues que la costa pagamos,  
que a mi costa nos holguemos.  
En la aldea se desposan  
los dos a lo villanesco;  
que pues se casa en aldea,  
villana su amor ha vuelto.  
Celos, volemós allá  
pues tenéis alas de fuego.  
A lindo tiempo llegamos,  
desde aquí verla podemos.  
Ya salen los convidados,  
el tamboril toca el tiempo,  
porque a su son bailan todos;  
pues ellos bailan, bailemos.  
Va: "Perantón, Perantón...  
..... [e-o]"

*Baila*

Pues vuestra Celia las hace,  
toca Pero Sastre, el viejo,  
pues que la villa lo paga.  
Ya se entraron allá dentro,  
ya quieren dar colación.  
La capa del sufrimiento

### *Rebózase*

me rebozaré, que así  
podré llegar encubierto,  
y arrimarme a este rincón  
como mis merecimientos.  
Avellanas y tostones  
dan a todos. ¡Hola! ¡Ah, necios!  
Llegad, tomaré un puñado.  
¿Yo necio? Mentís. ¿Yo miento?  
Tomad. ¿A mí bofetón?

### *Dase un bofetón*

¡Muera! ¡Ténganse! ¿Qué es esto?

*Echa mano*

No fue nada. Sean amigos.  
Yo lo soy. Yo serlo quiero.

*Envaina*

Ya ha llegado el señor cura.  
Por muchos años y buenos  
se regocije esta casa  
con bodas y casamientos.  
Por vertú de su mercé,  
señor cura, aquí hay asiento.  
¿Eso no? Tome esta silla  
de costillas. No haré, cierto.  
Digo que la ha de tomar.  
Este escaño estaba bueno;

mas por no ser porfiado...  
Ya se ha rellenado el viejo.  
Echá vino, Hernán Alonso.  
Beba el cura y vaya arreo.  
¡Oh, cómo sabe a la pega!  
También Celia sabe a celos.  
Ya es hora del desposorio;  
todos están en pie puestos:  
los novios y los padrinos  
en frente y el cura en medio.  
Fabio, ¿queréis por esposa  
a Celia hermosa? Sí, quiero.  
Vos, Celia, ¿queréis a Fabio?  
Por mi esposo y por mi dueño.  
¡Oh, perros! ¿En mi presencia?

*Metete mano*

El príncipe Pinabelo  
soy. Mueran los desposados,  
el cura, la gente, el pueblo.

¡Ay, que nos mata! Pegadles,  
celos míos, vuestro incendio  
pues Sansón me he vuelto. Muera  
Sansón con los Filisteos;  
que no hay quien pueda resistir el fuego  
cuando le enciende amor y soplan celos.

JUANA: ¡Pecadora de mí! ¡Tente!  
Que no soy Celia ni Celio  
para airarte contra mí.

SERAFINA: Encendíme, te prometo,  
como Alejandro lo hacía  
llevado del instrumento  
que aquel músico famoso  
le tocaba.

ANTONIO: ¿Pudo el cielo  
juntar más donaire y gracia  
solamente en un sujeto?

¡Dichoso quien, aunque muera,  
le ofrece sus pensamientos!

JUANA: Diestra estás; muy bien lo dices.

SERAFINA: Ven, doña Juana; que quiero  
vestirme sobre este traje

el mío, hasta que sea tiempo  
de representar.

JUANA:                         A fe,  
que se ha de holgar en extremo  
tu melancólica hermana.

SERAFINA:     Entretenerla deseo.

*Vanse los dos*

PINTOR:       Ya se fueron.

ANTONIO:                     Ya quedé  
con su ausencia triste y ciego.

PINTOR:       En fin, ¿quieres que de hombre  
la pinte?

ANTONIO:                     Sí, que deseo  
contemplar en este traje  
lo que agora visto habemos;  
pero truécala el vestido.

PINTOR:       ¿Pues no quieres que sea negro?

ANTONIO:     Dará luto a mi esperanza;  
mejor es color de cielos,



con oro, y pondrá en él  
otro amor y azul mis celos.

PINTOR: Norabuena

ANTONIO: ¿Para cuándo  
me le tienes de dar hecho?

PINTOR: Para mañana sin falta.

ANTONIO: No repares en el precio;  
que no trujera Amor desnudo el cuerpo  
a ser interesable y avariento.

*Vanse. Salen doña MADALENA y MIRENO*

MADALENA: Mi maestro habéis de ser  
desde hoy.

MIRENO: ¿Qué ha visto en mí,  
vuestra excelencia, que así  
me procura engrandecer?

Dará lición al maestro  
el discípulo desde hoy.

MADALENA: (¡Qué claras señales doy  
Aparte

del ciego amor que le nuestro!)

MIRENO: (¿Qué hay que dudar, esperanza? Aparte

Esto, ¿no es tenerme amor?

Dígalo tanto favor,  
muéstrelo tanta privanza.

Vergüenza, ¿por qué impedís

la ocasión que el cielo os da?

Daos por entendido ya.)

MADALENA: Como tengo, don Dionís  
tanto amor...

MIRENO: (¡Ya se declara, Aparte

ya dice que me ama, cielos!

MADALENA: ...al conde de Vasconcelos,

antes que venga, gustara,

no sólo hacer buena letra,

pero saberle escribir,

y por palabras decir

lo que el corazón penetra;

que el poco uso que en amar

tengo, pide que me adiestre

esta experiencia, y me muestre  
cómo podré declarar  
lo que tanto al alma importa,  
y el amor mismo me encarga;  
que soy en quererle larga,  
y en significarlo corta.

En todo os tengo por diestro;  
y así, me habéis de enseñar  
a escribir y a declarar  
al conde mi amor, maestro.

MIRENO:           (¿Luego no fue en mi favor,  
Aparte

pensamiento lisonjero  
sino porque sea tercero  
del conde? ¿Veis, loco amor,  
cuán sin fundamento y fruto  
torres habéis levantado  
de quimera, que ya han dado  
en el suelo? Como el bruto  
en esta ocasión he sido,  
en que la estatua iba puesta,  
haciéndola el pueblo fiesta

que loco y desvanecido  
creyó que la reverencia  
no a la imagen que traía  
sino a él solo se hacía,  
y con brutal impaciencia  
arrojalla de sí quiso  
hasta que se apaciguó  
con el castigo, y cayó  
confuso en su necio aviso.

¿Así el favor corresponde  
con que me he desvanecido?  
Basta; que yo el bruto he sido  
y la estatua es sólo el conde.  
Bien puedo desentonarme  
que no es la fiesta por mí.)

MADALENA: (Quise deslumbrarle así;  
Aparte  
que fue mucho declararme.)

Mañana comenzaréis,  
maestro, a darme lición.

MIRENO: Servirte es mi inclinación.

MADALENA: Triste estáis.

MIRENO: ¿Yo?

MADALENA: ¿Qué tenéis?

MIRENO: Ninguna cosa.

MADALENA: (Un favor

Aparte

me manda Amor que le dé.)

*Tropezó y dala la mano MIRENO*

¡Válgame Dios! Tropecé...

(Que siempre tropieza Amor.) Aparte

El chapín se me torció.

MIRENO: (¡Cielos! ¿Hay ventura igual?)

Aparte

¿Hízose acaso algún mal

vueselencia?

MADALENA: Creo que no.

MIRENO: ¿Que la mano la tomé?

MADALENA: Sabed que al que es cortesano

le dan, al darle una mano,

para muchas cosas pie.

Vase

MIRENO: "¡Le dan, al darle una mano,  
para muchas cosas pie!"

De aquí, ¿qué colegiré?

Decid, pensamiento vano.

¿En aquesto pierdo o gano?

¿Qué confusión, qué recelos

son aquestos? Decid, cielos,

¿esto no es amor? Mas no,

que llevo la estatua yo

del conde de Vasconcelos.

Pues, ¿qué enigma es darme pie

la que su mano me ha dado?

Si sólo el conde es amado,

¿qué es lo que espero? ¿Qué sé?

Pie o mano, decid, ¿por qué

dais materia a mis desvelos?

Confusión, Amor, recelos,

¿soy amado? Pero no,

que llevo la estatua yo  
del conde de Vasconcelos.  
El pie que me dio será  
pie para darla lición  
en que escriba la pasión  
que el conde y su amor la da.  
Vergüenza, sufrí y callá.  
Basta ya, atrevidos vuelos,  
vuestra ambición, si a los cielos  
me desatino os subió;  
que llevo la estatua yo  
del conde de Vasconcelos.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Salen LAURO, pastor viejo, y RUY Lorenzo,  
también de pastor*

RUY: Si la edad y la prudencia  
ofrece en la adversidad,  
Lauro discreto, paciencia,  
vuestra prudencia y edad  
pueden hacer la experiencia.  
Dejad el llanto prolijo;  
que, si vuestro ausente hijo  
es causa que lloréis tanto,  
él convertirá ese llanto  
brevemente en regocijo.  
Su virtud misma procura  
honrar vuestra senectud  
y hacer su dicha segura;  
que siempre fue la virtud  
principio de la ventura;  
y pues la tiene por madre,  
no es bien que ese llanto os cuadre.

LAURO: Eso mis males lo vedan,  
porque los hijos heredan  
las desdichas de su padre.



No le he dejado otra herencia  
si no es la desdicha mía,  
. . . . . [-encia;]  
que era el muro que tenía  
mi vejez.

RUY:                   ¿Ésa es prudencia?  
Si por trabajos un hombre  
es bien que llore y se asombre,  
¿quién los tiene como yo  
a quien el cielo quitó  
honra, patria, hacienda y nombre?  
Un hijo sólo perdéis  
aunque no en las esperanzas  
que de gozalle tenéis;  
pero yo, con las mudanzas  
que de mi vida sabéis,  
¿cuándo veré que el furor  
del tiempo y de su rigor  
dejará de hacerme ultraje,  
despreciado en este traje  
y con nombre de traidor?  
Consoladme vos a mí,

pues es más lo que perdí.

LAURO: ¿Más que un hijo habéis perdido?

RUY: El honor, ¿no es preferido  
a la vida y hijos?

LAURO: Sí.

RUY: Pues si no tengo esperanza  
de dar a mi honor remedio,  
más pierdo.

LAURO: En una venganza  
no es bien que se tome el medio  
deshonrado; el que la alcanza  
con medio que injustos son,  
cuando más vengarse intenta,  
queda con mayor afrenta  
[porque ese color presenta]  
dando color de traición  
el contrahacer firma y sello  
del duque para matar  
al conde, pudiendo hacello  
de otro modo y no manchar  
vuestro honor por socorrello.  
Y pues parece castigo

el que os da el tiempo enemigo,  
justo es que estéis consolado,  
pues padecéis por culpado;  
pero el que usa conmigo  
mi desdicha es diferente,  
pues, aunque no lo merezco,  
me castiga.

RUY:                                   Un hijo ausente  
no es gran daño.

LAURO:                               El que padezco  
tantos años inocente  
os diré, si los ajenos  
daños hacen que sean menos  
los propios males.

RUY:                                   No son  
de aquesa falsa opinión  
los generosos y buenos;  
porque el prudente i discreto  
siente el daño ajeno tanto  
como el propio.

LAURO:                               Si secreto  
me guardáis, diraos mi llanto

su historia.

RUY:                               Yo os le prometo;

mas llorar un hijo ausente  
un hombre es mucha flaqueza.

LAURO:           Pierdo, con perdelle, mucho.

RUY:               ¿Qué más extremos hicieras  
a tener tú mis desdichas?

LAURO:           ¡Ay, Dios! Si quien soy supieras,  
¡cómo todas tus desgracias  
las juzgaras por pequeñas!

RUY:               Ese enigma me declara.

LAURO:           Pues con ese traje quedas  
en el lugar de mi hijo,  
escucha mi suerte adversa.

Yo, Ruy Lorenzo, no soy  
hijo de estas asperezas,  
ni el traje que tosco ves  
es mi natural herencia;  
no es de Lauro mi apellido,  
ni mi patria aquesta sierra,  
ni jamás mi sangre noble

supo cultivar la tierra.

Don Pedro de Portugal  
me llaman, y de la cepa  
de los reyes lusitanos  
desciendo por línea recta.

El rey don Düarte fue  
mi hermano, y el que ahora reina  
es mi sobrino.

RUY:    ¿Qué escucho?

¡Duque de Coímbra! Deja  
que sellen tus pies mi labios,  
y que mis desdichas tengan  
fin, pues con las tuyas son  
o ningunas o pequeñas.

LAURO:            Alza del suelo y escucha  
si acaso tienes paciencia  
para saber los vaivenes  
de la Fortuna y su rueda.

Murió el rey de Portugal,  
mi hermano, en la primavera  
de su juventud lozana;  
mas la muerte, ¿qué no seca?

De seis años dejó un hijo  
que agora, ya hombre, intenta  
acabar mi vida y honra;  
y dejando la tutela  
y el gobierno de estos reinos  
solos a mí y a la reina.

Murió el rey; sobre el gobierno  
hubo algunas diferencias  
entre mí y la reina viuda,  
porque jamás la soberbia  
supo admitir compañía  
en el reinar, y las lenguas  
de envidiosos lisonjeros  
siempre disensiones siembran.

Metióse el rey de Castilla  
de por medio, porque era  
la reina su hermana. En fin,  
nuestros enojos concerta  
con que rija en Portugal  
la mitad del reino, y tenga  
en su poder al infante.

Vine en esta conveniencia;

mas no por eso cesaron  
las envidias y sospechas,  
hasta alborotar el reino  
asomos de armas y guerras.  
Pero cesó el alboroto  
porque, aunque era moza y bella  
la reina, un mal repentino  
dio con su ambición en tierra.  
Murió en fin; gocé el gobierno  
portugués sin competencia,  
hasta que fue Alfonso Quinto,  
de bastante edad y fuerzas.  
Caséle con una hija  
que me dio el cielo, Isabela  
por nombre aunque desdichada,  
pues ni la estima ni precia.  
Juntáronsele al rey mozo  
mil lisonjeros, que cierran  
a la verdad en palacio,  
como es costumbre, las puertas.  
Entre ellos un mi enemigo,  
de humilde naturaleza,

Vasco Fernández por nombre,  
gozó, la privanza excelsa;  
y queriendo derribarme  
para asegurarse en ella,  
a mi propio hermano induce,  
y, para engañarle, ordena  
hacerle entender que quiero  
levantarme con sus tierras  
y combatirle a Berganza,  
siendo duque por mí de ella.  
Creyólo, y ambos a dos  
al nuevo rey aconsejan,  
si quiere gozar seguro  
sus estados, que me prenda;  
para lo cual alegaban  
que di muerte con hierbas  
a doña Leonor, su madre,  
y que con traiciones nuevas  
quitalle intentaba el reino,  
pidiendo a Inglaterra  
socorro, con cartas falsas  
en que mi firma le enseñan.



Creyólo; desposeyóme  
de mi estado y las riquezas  
que en el gobierno adquirí;  
Llevóme a una fortaleza  
donde, sin bastar los ruegos  
ni lágrimas de Isabela,  
mi hija y su esposa, manda  
que me corten la cabeza.  
Supe una noche propicia  
el rigor de la sentencia  
y, ayudándome el temor,  
las sábanas hechas vendas,  
me descolgué de los muros,  
y en aquella noche mesma  
di aviso que me siguiese  
a mi esposa la duquesa.  
Supo el rey mi fuga, y manda  
que al son de roncadas trompetas  
me publiquen por traidor,  
dando licencia a cualquiera  
para quitarme la vida,  
poniendo mortales penas

a quien, sabiendo de mí,  
no me lleve a su presencia.  
Temí el rigor del mandato,  
y como en la suerte adversa  
huye el amistad, no quise  
ver en ellos su experiencia.  
Llegamos hasta estos montes,  
donde de parto y tristeza  
murió mi esposa querida,  
y un hijo hermoso me deja  
que en este traje criado,  
comprando ganado y tierras,  
y hecho de duque pastor,  
ha ya veinte primaveras  
que han dado flores a mayo,  
hierba al prado y a mí penas,  
que el estado en que me ves  
conservo; mas todo fuera  
poco, a no perder la vista  
del hijo en cuya presencia  
olvidaba mis trabajos.  
Mira si es razón que sienta

la falta que a mi vejez  
hace su vista, y que pierda  
la vida que ya se acaba  
entre lágrimas molestas.

RUY:           Notables son los sucesos  
que en el mundo representa  
el tiempo caduco y loco,  
autor de tantas tragedias.

La tuya, famoso duque,  
hace que olvide mis penas;  
mas yo espero en Dios que presto  
dará Fortuna la vuelta.

Bien claras señales daba  
de tu hijo la presencia,  
que, cual ceniza, el sayal  
las llamas de su nobleza  
encubría. Quiera el cielo  
que rico y próspero el vuelva  
a consolarte.

*Salen VASCO y BATO, pastores*

BATO: Nuesamo,  
con cinco carros de leña  
vamos a Avero. ¿Mandas algo  
para allá?

LAURO: Bato, que vengas  
presto.

BATO: ¿No quieres más?

LAURO: No.

BATO: Pues yo sí, porque quisiera  
que, a cuenta de mi soldada,  
ocho veintenes me diera  
para una cofia de pinos  
que me ha pedido Firela.

LAURO: Ven por ellos.

BATO: En mi tarja  
nueve rayas tengo hechas,  
porque otros cinco tostones  
debo no más.

LAURO: ¡Qué simpleza!

*Vanse BATO y LAURO*

VASCO: ¿No podría yo ir allá?

RUY: No, Vasco amigo, si intentas no perderte; que ya sabes nuestro peligro y afrenta.

VASCO: ¿Hasta cuándo quieres que ande en esta vida grosera, de mis calzas desterrado?

Vuélveme, señor, a ellas, y líbrame de un mastín que anoche desde la puerta de Melisa me llevó dos cuarterones de pierna.

RUY: ¿Pues qué hacías tú de noche a su puerta?

VASCO: Hay cosas nuevas.

Si aquí es el amor quillotro, quillotrado estoy por ella.

Hízome ayer un favor en el valle.

RUY: ¿Y fue?

VASCO: Que tiesa  
me dio un pellizco en un brazo,  
terrible, y me hizo señas  
con el ojo zurdo.

RUY: ¿Y ése  
es buen favor?

VASCO: ¡Linda flema!  
Ansí se imprime el carácter  
del amor en las aldeas.

*Vanse. Salen MIRENO y TARSO*

TARSO: ¿Más muestras quieres que dé  
que decirte, al "cortesano  
le dan, al dalle una mano,  
para muchas cosas pie?"

¿Puede decirlos más claro  
una mujer principal?

¿Qué aguardabas, pese a tal,  
amante corto y avaro,

que ya te daré este nombre  
pues no te osas atrever?  
¿Esperas que la mujer  
haga el oficio de hombre?  
¿En qué especie de animales  
no es la hembra festejada,  
perseguida y paseada  
con amorosas señales?

A solicitalla empieza,  
que lo demás es querer  
el orden sabio romper  
que puso Naturaleza.  
Habla; no pierdas por mudo  
tal mujer y tal estado.

MIRENO: Un laberinto intricado  
es, Tarso, el que temo y dudo.  
No puedo determinarme  
que me prefieran los cielos  
al conde de Vasconcelos;  
pues llegando a compararme  
con él, sé que es gran señor,  
mozo discreto, heredero

de Berganza, y desespero,  
viéndome humilde pastor,  
rama vil de un tronco pobre,  
y que tan noble mujer  
no es posible quiera hacer  
más favor que al oro, al cobre.  
Mas después el afición  
con que me honra y favorece,  
las mercedes que me ofrece  
su afable conversación,  
el suspenderse, el mirar,  
las enigmas y rodeos  
con que explica sus deseos,  
el fingir un tropezar  
--si es que fue fingido--el darme  
la mano, con la razón  
que me tiene en confusión  
se animan para animarme,  
y entre esperanza y temor  
como ya, Brito, me abraso,  
llego a hablalla, tengo el paso,  
tira el miedo, impele amor,



y, cuando más me provoca  
y hablalla el alma comienza,  
enojada la Vergüenza  
llega y tápame la boca.

TARSO:           ¿Vergüenza? ¿Tal dice un hom-  
bre?

¡Vive Dios, que estoy corrido  
con razón de haberte oído  
tal necedad! No te asombre  
que así llame a tu temor  
por no llamarle locura.

¡Miren aquí qué criatura  
o qué doncella Teodor,  
para que con este espacio  
diga que vergüenza tiene!  
No sé yo para qué viene  
el vergonzoso a palacio.

Amor vergonzoso y mudo  
medrará poco, señor,  
que a tener vergüenza amor,  
no le pintaran desnudo.  
No hayas miedo que se ofenda

cuando digas tus enojos;  
vendados tiene los ojos  
pero la boca sin venda.  
Habla, o yo se lo diré  
porque, si callas, es llano  
que quien te dio pie en la mano  
tiene de dejarte a pie.

MIRENO: Ya, Brito, conozco y veo  
que amor que es mudo no es cuerdo;  
pero, si por hablar pierdo  
lo que callando poseo  
y agora con mi privanza  
e imaginar que me tiene  
amor, vive y se entretiene,  
mi incierta y loca esperanza;  
y declarando, mi amor  
tengo de ver en mi daño  
el castigo y desengaño  
que espero de su rigor,  
¿no es mucho más acertado  
aunque la lengua sea muda,  
gozar un amor en duda

que un desdén averiguado?

Mi vergüenza esto señala,  
esto intenta mi secreto.

TARSO: Dijo una vez un discreto  
que en tres cosas era mala  
la vergüenza y el temor.

MIRENO: ¿Y eran?

TARSO: Escucha despacio:  
en el púlpito, en palacio  
y en decir uno su amor.

En palacio estás. Los cielos  
te abren camino anchuroso.  
No pierdas por vergonzoso.

MIRENO: Si al conde de Vasconcelos  
ama, ¿cómo puede ser?

TARSO: No lo creas.

MIRENO: Si lo veo  
y ell[a] lo dice.

TARSO: Es rodeo  
y traza para saber  
si amas. A hablarla comienza,  
que, par Dios, si la perdemos

que al monte volver podemos  
a segar.

MIRENO:                    Si la vergüenza  
me da lugar yo lo haré  
aunque pierda vida y fama.

*Sale doña JUANA*

JUANA:            Mirad, don Dionís, que os llama  
mi señora...

MIRENO:                    Luego iré.

TARSO:            Ánimo.

MIRENO:                    (¿Qué confusión

Aparte  
me entorpece y acobarda?

JUANA:            Venid presto; que os aguarda.

*Vase*

TARSO:            Desenvuelve el corazón.

Háblala, señor, de espacio.

MIRENO: Tiemblo, Brito.

TARSO: Esto es forzoso.

Bien dicen que al vergonzoso  
le trujo el diablo a palacio.

*Vanse. Sale doña MADALENA*

MADALENA: Ciego Dios, ¿qué os aver-  
güenza

la cortedad de un temor?

¿De cuándo acá niño amor  
sois hombre y tenéis vergüenza?

¿Es posible que vivís  
en don Dionís y que os llama  
su dios? Sí, pues si me ama,  
¿cómo calla don Dionís?

Decláreme sus enojos,  
pues callar un hombre es mengua.

Dígame una vez su lengua  
lo que me dicen sus ojos.

Si teme mi calidad

su bajo y humilde estado,  
bastante ocasión le ha dado  
mi atrevida libertad.  
Ya le han dicho que le adoro  
mis ojos, aunque fue en vano.  
La lengua, al darme la mano  
a costa de mi decoro,  
ya abrió el camino que pudo  
mi vergüenza. Ciego infante,  
ya que me habéis dado amante,  
¿para qué me le dais mudo?  
Mas no me espanto lo sea  
pues tanto Amor me humilló;  
que, aun diciéndoselo yo,  
podrá ser que no lo crea.

*Sale doña JUANA*

JUANA: Don Dionís, señora, viene  
a darte lición.

Vase

MADALENA:                                A dar  
lición vendrá de callar  
pues aun palabras no tiene.  
De suerte me trata Amor  
que mi pena no consiente  
más silencio. Abiertamente  
le declararé mi amor  
contra el común orden y uso;  
mas tiene de ser de modo  
que, diciéndoselo todo,  
le he de dejar más confuso.

*Siéntase en una silla. Finge que duerme y  
sale MIRENO, descubierto*

MIRENO:                                ¿Qué manda vuestra excelencia?  
¿Es hora de dar lición?

(Ya comienza el corazón                      Aparte  
a temblar en su presencia.  
Pues que calla, no me ha visto;  
sentada sobre la silla  
con la mano en la mejilla  
está.)

MADALENA:                      (En vano me resisto.

Aparte  
Yo quiero dar a entenderme  
como que dormida estoy.)

MIRENO:                      Don Dionís, señora, soy.  
¿No me responde? ¿Si duerme?  
Durmiendo está. Atrevimiento,  
ahora es tiempo. Llegad  
a contemplar la beldad  
que ofusca mi entendimiento.  
Cerrados tiene los ojos.  
Llegar puedo sin temor;  
que, si son flechas de Amor,  
no me podrán dar enojos.  
¿Hizo el Autor soberano  
de nuestra naturaleza



más acabada belleza?  
Besarla quiero una mano.  
¿Llegaré? Sí...pero no;  
que es la reliquia divina  
y mi humilde boca indina  
de tocalla. ¿Pero yo  
soy hombre y tiemblo? ¿Qué es esto?  
Ánimo. ¿No duerme? Sí.

*Llega y retírase*

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí,  
que el peligro es manifiesto  
y moriré si recuerda  
hallándome de este modo!  
Para no perderlo todo  
bien es que esto poco pierda.  
El temor el Amor venza.  
Afuera quiero esperar.  
MADALENA: (¡Que no se atrevió a llegar!  
Aparte

¡Mal haya tanta vergüenza!

MIRENO: No parezco bien aquí  
solo, pues durmiendo está.

Yo me voy.

MADALENA: (¿Que al fin se va?)

Aparte

*Como que duerme*

Don Dionís...

MIRENO: ¿Llamóme? Sí.

¡Qué presto que despertó!

Miren, ¡qué bueno quedara  
si mi intento ejecutara!

¿Está despierta? Mas no;  
que en sueños pienso que acierta  
mi esperanza entretenida;  
y quien me llama dormida  
no me quiere mal despierta.

¿Si acaso soñando está  
en mí? ¡Ay, cielos! ¿Quién supiera

lo que dice?

*Como que duerme*

MADALENA: No os vais fuera.

Llegaos, don Dionís, acá.

MIRENO: Llegar me manda su sueño.

¡Qué venturosa ocasión!

Obedecella es razón

pues, aunque duerme, es mi dueño.

Amor, acabad de hablar.

No seáis corto.

*Todo lo que hablare ella es como entre sueños*

MADALENA: Don Dionís,

ya que a enseñarme venís

a un tiempo a escribir y amar

al conde de Vasconcelos...

MIRENO: ¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que veis?

MADALENA: ...quisiera ver si sabéis  
qué es amor y qué son celos;  
porque será cosa grave  
que ignorante por vos quede,  
pues que ningún otro puede  
enseñar lo que no sabe.  
Decidme, ¿tenéis amor?  
¿De qué os ponéis colorado?  
¿Qué vergüenza os ha turbado?  
Responded. Dejá el temor;  
que el amor es un tributo  
y una deuda natural  
en cuantos viven, igual  
desde el ángel hasta el bruto.

*Ella misma se pregunta y responde como que  
duerme*

Si esto es verdad, ¿para qué  
os avergonzáis así?  
¿Queréis bien? --Señora, sí--.

¡Gracias a Dios que os saqué  
una palabra siquiera.

MIRENO:       ¿Hay sueño más amoroso?

¡Oh, mil veces venturoso  
quien le escucha y considera!  
Aunque tengo por más cierto  
que yo solamente soy  
el que soñándolo estoy;  
que no debo estar despierto.

MADALENA:       ¿Ya habéis dicho a vuestra  
dama

vuestro amor?--No me he atrevido--.

¿Luego nunca lo ha sabido?

--Como el amor todo es llama,  
bien lo habrá echado de ver  
por los ojos lisonjeros,  
que son mudos pregoneros--.

La lengua tiene de hacer  
ese oficio; que no entiende  
distintamente quien ama  
esa lengua que se llama  
algarabía de allende.

¿No os ha dado ella ocasión  
para declararos?--Tanta  
que mi cortedad me espanta--.  
Hablad, que esa suspensión  
hace a vuestro amor agravio.  
--Temo perder por hablar  
lo que gozo por callar--.  
Eso es necedad, que un sabio  
al que calla y tiene amor  
compara a un lienzo pintado  
de Flandes que está arrollado.  
Poco medrará el pintor  
si los lienzos no descoge  
que al vulgo quiere vender  
para que los pueda ver.  
El palacio nunca acoge  
la vergüenza; esa pintura  
desdoblada, pues que se vende,  
que el mal que nunca se entiende  
difícilmente se cura.  
--Sí; mas la desigualdad  
que hay, señora, entre los dos

me acobarda--. ¿Amor no es dios?

--Sí, señora--. Pues hablad;

que sus absolutas leyes  
saben abatir monarcas  
e igualar con las abarcas  
la coronas de los reyes.

Yo os quiero por medianera,  
decidme a mí quién amáis.

--No me atrevo--. ¿Qué dudáis?

¿Soy mala para tercera?

--No, pero temo, ¡ay de mí!--

¿Y si yo su nombre os doy?

¿Diréis si es ella si soy  
yo acaso? --Señora, sí--.

¡Acabara yo de hablar!

¿Mas que sé que os causa celos  
el conde de Vasconcelos?

--Háceme desesperar;

que es, señora, vuestro igual  
y heredero de Berganza--.

La igualdad y semejanza  
no está en que sea principal,

o humilde y pobre el amante,  
sino en la conformidad  
del alma y la voluntad.  
Declaraos de aquí adelante,  
don Dionís. A esto os exhorto;  
que en juegos de amor no es cargo  
tan grande un cinco de largo  
como es un cinco de corto.  
Días ha que os preferí  
al conde de Vasconcelos.

MIRENO:           ¿Qué escucho, piadosos cielos?

*Da un grito MIRENO, y hace que despierte  
doña MADALENA*

MADALENA:       ¡Ay, Jesús! ¿Quién está aquí?  
¿Quién os trujo a mi presencia,  
don Dionís?

MIRENO:                       Señora mía...

MADALENA:       ¿Qué hacéis aquí?

MIRENO:                       Yo venía



a dar a vuestra excelencia  
lición. Halléla durmiendo,  
y mientras que despertaba  
aquí, señora, aguardaba.

MADALENA: Dormíme, en fin, y no entien-  
do  
de qué pudo sucederme;  
que es gran novedad en mí  
quedarme dormida así.

### *Levántase*

MIRENO: Si sueña siempre que duerme  
vuestra excelencia del modo  
que agora, ¡dichoso yo!

MADALENA: (¡Gracias al cielo que habló  
Aparte  
este mudo!)

MIRENO: (¡Tiemblo todo!)  
Aparte

MADALENA: ¿Sabéis vos lo que he soñado?

MIRENO: Poco es menester saber para eso.

MADALENA: Debéis de ser otro Josef.

MIRENO: Su traslado en la cortedad he sido pero no en adivinar.

MADALENA: Acabad de declarar cómo el sueño habéis sabido.

MIRENO: Durmiendo vuestra excelencia, por palabras le ha explicado.

MADALENA: ¡Válame Dios!

MIRENO: Y he sacado en mi favor la sentencia, que falta ser confirmada para hacer mi dicha cierta por vueselencia despierta.

MADALENA: Yo no me acuerdo de nada. Decídmelo; podrá ser que me acuerda de algo agora.

MIRENO: No me atrevo, gran señora.

MADALENA: Muy malo debe de ser  
pues no me lo osáis decir.

MIRENO: No tiene cosa peor  
que haber sido en mi favor.

MADALENA: Mucho lo deseo oír.  
Acabad ya, por mi vida.

MIRENO: Es tan grande el juramento  
que anima mi atrevimiento.

Vuestra excelencia dormida...  
Tengo vergüenza.

MADALENA: Acabad;  
que estáis, don Dionís, pesado.

MIRENO: Abiertamente ha mostrado  
que me tiene voluntad.

MADALENA: ¿Yo? ¿Cómo?

MIRENO: Alumbró mis celos,  
y en sueños me ha prometido...

MADALENA: ¿Sí?

MIRENO: ...que he de ser preferido  
al conde de Vasconcelos.

Mire si en esta ocasión

son los favores pequeños.

MADALENA: Don Dionís, no creáis en sueños;

que los sueños sueños son.

*Vase*

MIRENO: ¿Agora sales con eso?

Cuando sube mi esperanza,

carga el desdén la balanza

y se deja en fiel el peso.

Con palabras tan resueltas

dejas mi dicha mudada.

¡Qué mala era para espada

voluntad con tantas vueltas!

¿Por qué varios arcaduces

guía el cielo aqúeste amor?

Con el desdén y favor

me he quedado entre dos luces.

No he de hablar más en mi vida

pues mi desdicha concierta

que me desprecie despierta  
quien me quiere bien dormida.  
Calla el alma su pasión  
y sirva a mejores dueños,  
sin dar crédito a más sueños;  
que los sueños sueños son.

*Sale TARSO*

TARSO:           Pues, señor, ¿cómo te ha ido?

MIRENO:        ¿Qué sé yo? Ni bien ni mal.

Con un compás quedo igual:  
amado y aborrecido.

A mi vergüenza y recato  
me vuelvo que es lo mejor.

TARSO:        Di, pues, que le fue a tu amor  
como a tres con un zapato.

MIRENO:        Después me hablarás despacio.

TARSO:        Bato, el pasto y vaquero  
de tu padre, está en Avero  
y entrando acaso en palacio

me ha conocido, y desea  
hablarte y verte; que está  
loco de placer.

MIRENO:                                  Sí hará.

¡Oh, llaneza de mi aldea!  
¡Cuánto mejor es tu trato  
que el de palacio confuso  
donde el engaño anda al uso!  
Vamos, Brito, a hablar a Bato,  
y a mi padre escribiré  
de mi fortuna el estado.  
En un lugar apartado  
quiero velle.

TARSO:                                  ¿Pues por qué?

MIRENO:                  Porque tengo, Brito, miedo  
que de mi humilde linaje  
la noticia aquí me ultraje  
antes de ver este enredo  
en qué para.

TARSO:                                  Y es razón.

MIRENO:                  Ven, porque le satisfagas.

TARSO:                  A ti amor y a mí estas bragas

nos han puesto en confusión.

*Vanse. Salen doña SERAFINA y don ANTONIO*

SERAFINA: No sé, conde, si dé a mi padre  
aviso

de vuestro atrevimiento y de su agravio,  
que agravio ha sido suyo el atreveros  
a entrar en su servicio de ese modo  
para engañarme a mí y a él afrentalle.

Otros medios hallárades mejores,  
pues noble sois, con que obligar al duque,  
sin fingiros así su secretario,  
pues no sé yo, si no es tenerme en poco.

¿Qué liviandad hallasteis en mi pecho  
para atreveros a lo que habéis hecho?

ANTONIO: Yo vino de camino a ver mi  
prima

y quiso Amor que os viese.

SERAFINA: Conde, basta.

Yo estoy muy agraviado justamente de vuestro atrevimiento. ¿Vos creísteis que en tan poco mi fama y honra tengo que descubriéndoos, como lo habéis hecho, había de rendirme a vuestro gusto?

Imaginar a mí mujer tan fácil ha sido injuria que a mi honor se ha hecho. Mi padre ha dado al de Estremoz palabra que he de ser su mujer, y aunque mi padre no la diera ni yo le obedeciera, por castigar aqueste desatino me casara con él. Salid de Avero al punto, don Antonio, o daré aviso de aquesto a don Düarte y si lo entiende peligraréis, pues corren por su cuenta mis agravios.

ANTONIO: ¿Que así me desconoces?

SERAFINA: Idos, conde, de aquí, que daré voces.

ANTONIO: Déjame disculpar de los agravios



que me imputas, que el juez más riguroso  
antes de sentenciar escucha al reo.

SERAFINA: Conde, ¡vive los cielos! Que si  
una hora  
estáis más en la villa, que esta noche  
me case con el conde por vengarme.  
Yo os aborrezco, conde. Yo no os quiero.  
¿Qué me queréis? Aquí la mayor pena  
que me puede afligir es vuestra vista.  
Si a vuestro amor mi amor no corresponde,  
conde, ¿qué me queréis? Dejadme, conde.

ANTONIO: Áspid, que entre las rosas  
de esa belleza escondes tu veneno,  
¿mis quejas amorosas  
desprecias de este modo? ¡Ay, Dios, que peno,  
sin remediar mis males  
en tormentos de penas infernales!  
Pues que del paraíso  
de tu vista destierras mi ventura,  
hágate Amor Narciso,  
y de tu misma imagen y hermosura

de suerte te enamores  
que, como lloro, sin remedio llores.  
Yo me voy, pues lo quieres,  
huyendo del rigor crüel que encierras.  
Agravio de mujeres,  
pues de tu vista hermosa me destierras,  
por quedar satisfecho  
desterraré tu imagen de mi pecho.

*Saca el retrato del pecho*

En el mar de tu olvido  
echará tus memorias la venganza  
que a Amor y al cielo pido,  
pues de esta suerte alcanzará bonanza  
el mar en que me anego,  
si es mar donde las ondas son de fuego.  
Borrad, alma, el retrato  
que en vos pinta el Amor, pues que yo arrojé  
aquéste por ingrato,

## *Arrójale*

castigo justo de mi justo enojo  
por quien mi amor desmedra.

Adiós, crüel, retrato de una piedra  
que, pues al tiempo apelo,  
médico sabio que locuras cura.

Razón es que en el suelo  
os deje, pues que sois de piedra dura,  
si el suelo piedras cría.

Quédate, fuego, ardiendo en nieve fría.

*Vase*

SERAFINA:       ¿Hay locuras semejantes?

¿Es posible que sujetos  
a tan rabiosos efetos  
estén los pobres amantes?

¡Dichosa mil veces yo  
que jamás admití el yugo  
de tan tirano verdugo!

¿Qué es lo que en el suelo echó  
y con renombre de ingrato  
tantas injurias le dijo?  
Quiero verle, que colijo  
mil quimeras. ¡Un retrato!

### *Álzale*

Es de un hombre, y me parece  
que me parece de modo  
que es mi semejanza en todo.  
Cuanto el espejo me ofrece  
miro aquí. Como en cristal  
bruñido mi imagen propia  
aquí la pintura copia  
y un hombre es su original.  
¡Válgame el cielo! ¿Quién es,  
pues no es retrato del conde  
que en nada le corresponde?  
¿Pues por qué le echó a mis pies?  
Decid, Amor, ¿es encanto

éste para que me asombre?  
¿Es posible que haya hombre  
que se me parezca tanto?  
No, porque cuando le hubiera,  
¿qué ocasión le ha dado el pobre  
para que tal odio cobre  
con él el conde? Si fuera  
mío, pareciera justo  
que en él de mí se vengara,  
y que al suelo le arrojara  
por sólo darme disgusto.  
Algún enredo o maraña  
se encierra en aqueste enima.  
Doña Juana que es su prima  
ha de sabello. ¡Qué extraña  
confusión! Llamalla quiero,  
aunque con ella he reñido  
viendo que la causa ha sido  
que esté su primo en *Avero*.  
Mas ella sale.

*Sale doña JUANA*

JUANA: Ya está,  
señora, abierto el jardín.  
Entre el clavel y el jazmín  
vuestra excelencia podrá,  
entreteniéndose un rato,  
perder la cólera e ira  
que tiene conmigo.

SERAFINA: Mira,  
doña Juana, este retrato.

JUANA: (Éste es el suyo. ¿A qué fin  
Aparte  
mi primo se le dejó?  
¡Cielos, si sabe que yo  
le metí dentro del jardín!)

SERAFINA: ¿Viste semejanza tanta  
en tu vida?

JUANA: No, por cierto.  
(¡Si aqúeste es el que en el huerto Aparte  
copió el pintor!)

SERAFINA: ¿No te espanta?

JUANA: Mucho.

SERAFINA: Tu primo, enojado,  
porque su amor tuve en poco,  
con disparates de loco  
le echó en el suelo, y airado  
se fue. Quise ver lo que era  
y hame causado inquietud  
pues por la similitud  
que tiene, saber quisiera  
a qué fin aquesto ha sido.  
Pues de su pecho las llaves  
tienes, dilo, si lo sabes.

JUANA: (Basta, que no ha conocido  
Aparte  
que es suyo. La diferencia  
del traje de hombre y color  
que mudó en él el pintor  
es la causa.) Vueselencia  
me manda diga una cosa  
de que estoy tan ignorante  
como espantada.

SERAFINA: Bastante

es ser yo poco dichosa  
para que lo ignores. Diera  
cualquier precio de interés  
por sólo saber quién es.

JUANA:           Pues sabedlo...

SERAFINA:                   ¿Cómo?

JUAN:                        Espera;

llamando al conde mi primo,  
y fingiendo algún favor  
con que entretener su amor...

SERAFINA:    La famosa traza estimo;  
mas habráse ya partido.

JUANA:        No habrá. Yo le iré a llamar.

SERAFINA:    Ve presto.

JUANA:        (¿Hay más singular

Aparte

suceso? Castigo ha sido  
del cielo que a su retrato  
ame quien a nadie amó.)

*Vase [doña JUANA]*



SERAFINA: No en balde en tierra os echó  
quien con vos ha sido ingrato,  
que si es vuestro original  
tan bello como está aquí  
su traslado, creed de mí  
que no le quisiera mal.  
Y a fe que hubiera alcanzado  
lo que muchos no han podido,  
pues vivos no me han vencido  
y él me venciera pintado.  
Mas, aunque os haga favor,  
no os espante mi mudanza,  
que siempre la semejanza  
ha sido causa de amor.

*Salen don ANTONIO y doña JUANA*

JUANA: Esto es cierto.

ANTONIO: ¿Hay tal enredo?

JUANA: Lo que has de responder mira.

ANTONIO: Prima, con una mentira  
tengo de gozar, si puedo,  
la ocasión.

SERAFINA: Conde...

ANTONIO: ¿Señora?

SERAFINA: Muy colérico sois.

ANTONIO: Es

condición de Portugués,  
y no es mucho, si en media hora  
me mandáis dejar Avero,  
que hiciese extremos de loco.

SERAFINA: Callad, que sabéis muy poco  
de nuestra condición. Quiero  
haceros, conde, saber,  
porque os será de importancia,  
que son caballos de Francia  
las iras de una mujer.

El primer ímpetu, extraño;  
pero al segundo se cansa,  
que el tiempo todo lo amansa.

ANTONIO: (Prima, todo esto es engaño.)

Aparte

SERAFINA: No quiero ya que os partáis.

ANTONIO: De aquesta suerte, el desdén pasado doy ya por bien.

SERAFINA: Pues ya sosegado estáis, ¿no me diréis la razón por qué, cuando os apartastes, este retrato arrojastes en el suelo? ¿Qué ocasión os movió a caso tan nuevo? ¿Cúyo es aqueste retrato?

ANTONIO: Deciros, señora, trato la verdad; mas no me atrevo.

SERAFINA: ¿Pues, por qué?

ANTONIO: Temo un castigo terrible.

SERAFINA: No hay que temer. Yo os aseguro.

ANTONIO: Perder la vida por un amigo no es mucho. Aquesa presencia a declararme me anima.

(Ya va de mentira, prima.) Aparte

SERAFINA: Decid.

ANTONIO: Oiga vueselencia:

Días ha que habrá tenido  
entera y larga noticia  
de la historia lastimosa  
del gran duque de Coímbra,  
gobernador de este reino,  
en guerra y paz maravilla;  
que por ser con vuestro padre  
de una cepa y sangre misma,  
y tan cercanos en deudo  
como esta corona afirma,  
habréis llorado los dos  
la causa de sus desdichas.

SERAFINA: Ya sé toda aquesa historia.

Mi padre la contó un día  
a mi hermana en mi presencia.  
Su memoria me lastima.  
Veinte años dicen que habrá  
que le desterró la envidia  
de Portugal con su esposa

y un tierno infante. Holgaría  
de saber si aún vive el duque,  
y en qué reino o parte habita.

ANTONIO: Sola la duquesa es muerta  
porque su memoria viva;  
que [a]l hijo infeliz y [a]l duque,  
con quien mi padre tenía  
deudo y amistad al tiempo  
que de la prisión esquivo  
huyó, le ofreció su amparo  
y arriesgando hacienda y vida.  
Hasta agora le ha tenido  
disfrazado en una quinta,  
donde, entre toscos sayales,  
los dos la tierra cultivan,  
que con sus lágrimas riegan  
dándoles por fruto espinas.  
El hijo, a quien hizo el cielo  
con tantas partes que admiran  
al mundo su discreción,  
su presencia y gallardía  
se crió conmigo, y es

la mitad del alma mía;  
que el nudo de la amistad  
hace de dos una vida.

Quiso el cielo que viniese,  
habrá medio año, a esta villa  
disfrazado de pastor,  
y que tu presencia y vista  
le robase por los ojos  
el alma, cuya homicida,  
respondiendo el valle en ecos,  
pregonan que es Serafina.

Mil veces determinado  
de decirte sus desdichas,  
le ha detenido el temor  
de ver que el rey le publica  
por traidor a él y a su padre,  
y a quien no diere noticia  
de ellos, que a todos alcanza  
el rigor de la justicia.

Yo, que como propias siento  
las lágrimas infinitas  
que por ti sin cesar llora,

le di la palabra un día  
de declararte su amor,  
y de su presencia y vista  
gallarda darte el retrato  
que tienes. Llegué y, sabida  
tu condición desdeñosa,  
ni inclinada ni rendida  
a las coyundas de Amor  
de quien tan pocos se libran,  
no me atreví abiertamente  
a declararte el enigma  
de sus amorosas penas,  
hasta que la ocasión misma  
me la ofreciese de hablarte,  
y así alcancé de mi prima  
que el duque me recibiese.  
Supe después que quería  
con el de Estremoz casarte  
y, por probar si podía  
estorballo de este modo,  
mostré las llamas fingidas  
de mi mentiroso amor,

respondiéndome con ira  
y yo, para que mirases  
el retrato que te inclina  
a menos rigor, échele  
a tus pies, que bien sabía  
que su belleza pintada  
de tu presunción altiva  
presto había de triunfar.  
En fin, bella Serafina,  
el dueño de este retrato  
es don Dionís de Coímbra.

SERAFINA:            Conde, ¿eso es cierto?

ANTONIO:                            Y tan cierto  
que, a estallo él y saber  
que le amabas, sin temer  
el hallarse descubierto,  
pienso que viniera a darte  
el alma.

SERAFINA:            Si eso es verdad  
no sé si en mi voluntad  
podrá caber don Düarte.



¡Válgame Dios! ¡Que éste es hijo  
de don Pedro!

ANTONIO: Su belleza  
dice que sí.

SERAFINA: (¿Qué flaqueza Aparte  
te

es la vuestra alma? Colijo  
que no sois la que solía;  
mas justamente merece  
quien tanto se me parece  
ser amado.) ¿No podría  
velle?

ANTONIO: De noche bien puedes,  
si das a tus penas fin  
y le hablas por el jardín,  
que él saltará sus paredes.

Mas de día no osará  
porque hay ya quien le ha mirado  
en Avero con cuidado  
y, si más nota en él da,  
ya ves el peligro.

SERAFINA: Conde,

un hombre tan principal,  
a mi calidad igual,  
y que a mi amor corresponde,  
es ingratitud no amalle.  
En todo has sido discreto;  
sélo en guardar más secreto,  
y haz cómo yo pueda hablalle;  
que el alma a dalle comienza  
la libertad que contrasta.

¡Y adiós!

ANTONIO:                   ¿Vaste?

SERAFINA:                   Aquesto basta;  
que habla poco la vergüenza.

*Vase*

JUANA:                   Primo, ¿es verdad que don Pe-  
dro  
el duque vive y su hijo?

ANTONIO:                   Calla, que el alma lo dijo  
viendo lo que en mentir medro.

Ni sé del duque ni dónde  
su hijo y mujer llevó.  
Don Dionís he de ser yo  
de noche y de día el conde  
de Penela. Y de esta suerte,  
si Amor su ayuda me da,  
mi industria me entregará  
lo que espero.

JUANA: Primo, advierte  
lo que haces.

ANTONIO: Engañada  
queda. Amor mi dicha ordena  
con nombre y ayuda ajena,  
pues por mí no valgo nada.

*Vanse. Salen el duque y doña MADALENA*

DUQUE: Quiero veros dar lición  
que la carta que ayer vi  
para el conde, en que leí  
de el sobre escrito el renglón

me contentó. Ya escribís  
muy cierto.

MADALENA: Y aún no lo entiende,  
con ser tan claro, y se ofende  
mi maestro don Dionís.

*Sale MIRENO*

MIRENO: ¿Llámame, vuestra excelencia?

MADALENA: Sí, que el duque, mi señor,  
quiere ver si algo mejor  
escribo. Vos experiencia  
tenéis de cuán escribana  
soy. ¿No es verdad?

MIRENO: Sí, señora.

MADALENA: Escribí, no ha cuarto de hora,  
medio dormida, una plana  
tan clara que la entendiera  
aun quien no sabe leer.

¿No me doy bien a entender,  
don Dionís?

MIRENO:                                 Muy bien.

MADALENA:                                 Pudiera  
serviros, según fue buena,  
de materias para hablar  
en su loor.

MIRENO:                                 Con callar  
la alabo; sólo condena  
mi gusto el postrer renglón  
por más que la pluma excuso  
porque estaba muy confuso.

MADALENA:     Diréislo por el borrón  
que eché a la postre.

MIRENO:   ¿Pues no?

MADALENA:     Pues adrede lo eché allí.

MIRENO:     Sólo el borrón corregí  
porque lo demás borró.

MADALENA:     Bien lo pudiste quitar  
que un borrón no es mucha mengua.

MIRENO:     ¿Cómo?

MADALENA:     El borrón con la lengua  
se quita, y no con callar.

Ahora bien, cortá una pluma.

*Sacan recado y corta una pluma*

MIRENO: Ya, gran señora, la corto.

MADALENA: ¡Acabad, que sois muy corto!

Vuestra excelencia presume  
que de vergüenza no sabe  
hacer cosa de provecho.

DUQUE: Con todo, estoy satisfecho  
de su letra.

MADALENA: Es cosa grave  
el dalle avisos por puntos  
sin que aproveche. ¡Acabad!

DUQUE: Madalena, reportad.

MIRENO: ¿Han de ser cortos los puntos?

MADALENA: ¡Qué amigo que sois de corto!

Largos los pido. Cortaldos  
de aqueste modo o dejaldos.

MIRENO: Ya, gran señora, los corto.

DUQUE: ¡Qué mal acondicionada

sois!

MADALENA: Un hombre vergonzoso  
y corto es siempre enfadoso.

MIRENO: Ya está la pluma cortada.

MADALENA: Mostrad. ¡Y qué mala! ¡Ay,  
Dios!

*Pruébala y arrójala*

DUQUE: ¿Por qué le echáis en el suelo?

MADALENA: ¡Siempre me la dais con pelo!

Líbreme el cielo de vos.

Quitalde con el cuchillo.

No sé de vos qué presuma,

siempre con pelo la pluma

y la lengua con frenillo.

MIRENO: (Propicios me son los cielos.

Aparte

Todo esto es en mi favor.)

*Sale el CONDE don Duarte*

CONDE: Dadme albricias, gran señor,  
el conde de Vasconcelos  
está sola una jornada  
de vuestra villa.

MADALENA: (¡Ay de mí!)  
Aparte

CONDE: Mañana llegará aquí  
porque trae tan limitada,  
dicen, del rey la licencia  
que no hará más de casarse  
mañana y luego tornarse.  
Apreste vuestra excelencia  
lo necesario, que yo  
voy a recibirle luego.

DUQUE: ¿No me escribe?

CONDE: Aqueste pliego.

DUQUE: Hija, la ocasión llegó  
que deseo.

MADALENA: (Saldrá vana.)  
Aparte



MIRENO: (¡Ay, cielo!) Aparte

MADALENA: (Mi bien suspira.)

Aparte

DUQUE: Vamos. Deja aqueso y mira que te has de casar mañana.

*Vanse el DUQUE y el CONDE, y pónese a escribir ella*

MADALENA: Don Dionís, en acabando de escribir aquí, leed este billete y haced luego lo que en él os mando.

MIRENO; (Si ya la ocasión perdí,

Aparte

¿qué he de hacer? ¡Ay, suerte dura!)

MADALENA: Amor todo es coyuntura.

*Vase [doña MADALENA]*

MIRENO: Fuése. El papel dice ansí:

*Lee*

"No da el tiempo más espacio;  
esta noche, en el jardín  
tendrá los temores fin  
del vergonzoso en palacio."

¡Cielos! ¿Qué escucho? ¿Qué veo?  
¿Esta noche? ¿Hay más ventura?  
¿Si lo sueño? ¿Si es locura?  
No es posible. No lo creo.

*Vuelve a leer*

"Esta noche en el jardín..."  
¡Vive Dios, que está aquí escrito!  
¡Mi bien! A buscar a Brito  
voy. ¿Hay más dichoso fin?"

Presto en tu florido espacio  
dará envidia entre mis celos  
al conde de Vasconcelos  
el vergonzoso en palacio.

[Vase.] Salen LAURO, RUY Lorenzo, BATO y  
MELISA

LAURO: Buenas nuevas te dé Dios.

Escoge en albricias, Bato,  
la oveja mejor del hato.

Poco es una, escoge dos.

¿Que mi hijo está en Avero?

¿Que del duque es secretario

mi primo? ¡Ay tiempo voltario!

Mas, ¿qué me quejo? ¿Qué espero?

Vamos a verle los dos;

mis ojos su vista gocen.

Venid.

RUY: ¿Y si me conocen?

LAURO: No lo permitirá Dios.

Tiznaos como carbonero

la cara; que de esta vez  
daré a mi triste vejez  
un buen día hoy en Avero.

Mi gozo crece por puntos.

Agora a vivir comienzo.

Alto. Vamos, Ruy Lorenzo.

BATO: Todos podremos ir juntos.

LAURO: Guardad vosotros la casa.

*Vanse los dos, [LAURO y RUY Lorenzo]*

MELISA: Sí. Bercebú que la guarde.

BATO: ¿Qué tenéis aquesta tarde?

MELISA: ¡Ay, Bato! ¡Que aqueso pasa!

¿Que no preguntó por mí

Tarso?

BATO: No se le da un pito

por vos, ni es Tarso.

MELISA: ¿Pues?

BATO: Brito,

o Cabrito.

MELISA: ¡Ay! ¿Tarso ansí?

A verte he de ir esta tarde.

¡Crüel, tirano, enemigo!

BATO: ¿Sola?

MELISA: Vasco irá conmigo.

BATO: Buen mastín lleváis que os guarde.

¿Queréisle mucho?

MELISA: Enfinito.

BATO: Pues en Brito se ha mudado,

la mitad para casado

tien...

MELISA: ¿Qué?

BATO: De cabrito el Brito.

*Vanse. [Salen] a la ventana doña JUANA y doña SERAFINA*

SERAFINA: ¡Ay, querida doña Juana!

Nota de mi fama doy;

mas si lo dilato hoy

me casa el duque mañana.

JUANA: Don Dionís, señora, es tal  
que no llega don Düarte  
con la más mínima parte  
a su valor. Portugal  
por su padre llora hoy día.  
Para en uno sois los dos.  
Gozaos mil años.

SERAFINA: ¡Ay, Dios!

JUANA: No temas, señora mía,  
que mi primo fue por él.  
Presto le traerá consigo.

SERAFINA: Él tiene un notable amigo.

JUANA: Poco se hallarán como él.

*Sale don ANTONIO, como de noche*

ANTONIO: Hoy, Amor, vuestras quime-  
ras  
de noche me han convertido  
en un don Dionís fingido  
y un don Antonio de veras.

Por y otro he de hablar.

Gente siento a la ventana.

JUANA: Ruido suena. No fue vana  
mi esperanza.

*Sale TARSO, de noche*

TARSO: Este lugar  
mi dichoso don Dionís  
me manda que mire y ronde  
por si hay gente.

JUANA: ¡Ce! ¿Es el conde?

ANTONIO: Sí, mi señora.

JUANA: ¿Venís  
con don Dionís?

TARSO: (¿Cómo es esto?

Aparte

¿Don Dionís? La burla es buena.

¿Mas si es doña Madalena?

Reconocer este puesto

me manda, porque le avise

si anda gente, y me parece  
que otro en su lugar se ofrece,  
y que le ronde, ande y pise.  
¡Vaya! ¿Mas que es don Dionís?  
¡Eso no!

ANTONIO: Conmigo viene  
un don Dionís, que os previene  
el alma, que ya adquirís,  
para ofrecerse a esas plantas.  
Hablad, don Dionís. ¿Qué hacéis?

*Finge que habla don Dionís, mudando la voz*

¿Que estoy suspenso, no veis,  
contemplando glorias tantas?  
Pagar lo mucho que os debo  
con palabras será mengua,  
y ansí refreno la lengua  
porque en ella no me atrevo.  
Mas, señora, Amor es dios  
y por mí podrá pagar.



JUANA: (¡Bien sabe disimular el habla.) Aparte

SERAFINA: ¿No tenéis vos crédito para pagarme esta deuda?

ANTONIO: No lo sé; mas buen fiador os daré. El conde puede fiarme.

*[Habla de por sí]*

Yo os fío.

TARSO: (¡Válgate el diablo! Aparte) Sólo un hombre es, vive Dios, y parece que son dos.

*Disimula la voz*

ANTONIO: Con mucho peligro os hablo aquí. Haced mi dicha cierta y tenga mis penas fin.

SERAFINA: Pues, ¿qué queréis?

ANTONIO: Del jardín tengo ya franca la puerta.

JUANA: Mira que suele rondarte don Düarte, señora mía, y que si aguardas al día has de ser de don Düarte. Cualquier dilación es mala.

SERAFINA: ¡Ay, Dios!

JUANA: ¡Qué tímida eres!

¿Entrará?

SERAFINA: Haz lo que quisieres.

*Como don ANTONIO*

ANTONIO: Don Dionís, Amor te iguala a la ventura mayor que pudo dar. Corresponde

a tu dicha.

*Como don Dionís*

Amigo conde,  
por vuestra industria y favor  
he adquirido tanto bien;  
dadme esos brazos. Yo soy  
tu amigo, conde, desde hoy.

*[Como don ANTONIO]*

Yo vuestro esclavo.

*[Como don Dionís]*

Está bien.  
Dará el tiempo testimonio  
de esta deuda.

*[Como don ANTONIO]*

Aquí te aguardo;  
que así mis amigos guardo.  
Entrad.

*Como don Dionís]*

Adiós, don Antonio.

*Éntrase*

SERAFINA:           ¿Entró?

JUANA:                Sí.

SERAFINA:                   ¿Que de este modo  
fuerce Amor a una mujer?  
Mas por sólo no lo ser  
del de Estremoz, poco es todo.

¡Mi padre y honor perdone!

JUANA: Vamos y deja ese miedo.

*Vanse las dos*

TARSO: ¿Hase visto igual enredo?

En gran confusión me pone  
este encanto. Un don Antonio  
que consigo mismo hablaba,  
dijo que aquí se quedaba  
y se entró. Él es demonio.

*Sale MIRENO, de noche*

MIRENO: Él se debió de quedar  
como acostumbra, dormido.

TARSO: Ya queda sustituido  
por otro aquí tu lugar.

MIRENO: ¿Qué dices, necio? Responde.  
Vienes aquí a ver si hay gente,

¿y estáste aquí, impertinente?

TARSO: Gente ha habido.

MIRENO: ¿Quién?

TARSO: Un conde  
y un don Dionís de tu nombre,  
que es uno y parecen dos.

MIRENO: ¿Estás sin seso?

TARSO: Por Dios,  
que acaba de entrar un hombre  
con tu doña Madalena  
que, o es colegial trilingue,  
o a sí propio se distingue,  
o es tu alma que anda en pena.

Más sabe que veinte Ulises.

Algún traidor te ha burlado,  
o yo este enredo he soñado,  
o aquí hay dos don Dionises.

MIRENO: Soñástelo.

TARSO: ¡Norabuena!

*Sale a la ventana doña MADALENA*

MADALENA: ¿Si habrá don Dionís venido?

TARSO: A la ventana ha salido  
un bulto.

MADALENA: ¡Ay, Dios! Gente suena.  
¡Ce! ¿Es don Dionís?

MIRENO: Mi señora,  
yo soy ese venturoso.

MADALENA: Entrad, pues, mi vergonzoso.

*Vase*

MIRENO: ¿Crees que lo soñaste agora?

TARSO: No sé.

MIRENO: Si mi cortedad  
fue vergüenza, adiós, vergüenza;  
que seréis, como no os venza,  
desde agora necedad.

*Vase*

TARSO: Confuso me voy de aquí  
que debo estar encantado.  
Dos Dionises han entrado  
o yo estoy fuera de mí.  
De estas calzas por momentos  
salen quimeras como ésta;  
¡pobre de quien trae acuestas  
dos cestas de encantamientos!

*Vase. Salen LAURO y RUY Lorenzo, de pastores.*

LAURO: Éste es, Ruy Lorenzo, Averó.

RUY: Aquí me vi un tiempo, Lauro,  
rico y próspero, y ya pobre  
y ganadero.

LAURO: Altibajos  
son del tiempo y la Fortuna,  
inconstante siempre y vario.  
¡Buen palacio tiene el duque!



RUY: Ahora acaba de labrallo;  
propiedad de la vejez,  
hacellos y no gozillos.

LAURO: Busquemos a mi Mireno.

RUY: En palacio aún es temprano;  
que aquí amanece muy tarde  
y hemos mucho madrugado.

LAURO: ¿Cuándo durmió el deseoso?  
¿Cuándo Amor buscó descanso?  
No os espante que madrugue  
que soy padre. Deseo y amo.

*Salen VASCO y MELISA, de pastores*

VASCO: Mucho has podido conmigo,  
Melisa.

MELISA: Débote, Vasco,  
gran voluntad.

VASCO: ¿A qué efeto  
me traes, Melisa, a palacio  
desde los montes incultos?

MELISA: En ellos sabrás de espacio  
mis intentos.

VASCO: Miedo tengo.

MELISA: (¡Ay, Tarso, crüel, ingrato!

Aparte

Mi imán eres, tras ti voy;  
que soy hierro.)

VASCO: Aun sería el diablo

que ahora me conociese  
algún mozo de caballos,  
colgándome de la horca  
en fe de ser peso falso.

MELISA: ¡Ay, Vasco, retírate!

VASCO: ¿Pues qué...?

MELISA: ¿No ves a nuesamo,  
y al tuyo? Si aquí nos topa,  
pendencia hay para dos años.

*Tocan cajas*

VASCO: Volvámonos. Mas, ¿qué es esto?

RUY: ¿Tan de mañana han tocado  
cajas? ¿A qué fin será?

LAURO: No lo sé.

RUY: Si no me engaño,  
sale el duque. Algo hay de nuevo.

LAURO: A esta parte retirados  
podremos saber lo que es;  
que parece que echan bandos.

*Salen el DUQUE [y] el CONDE, con gente, y un  
ATAMBOR*

DUQUE: Conde, con ningunas nuevas  
pudiera alegrarme tanto  
como con éstas. Ya cesan  
las desdichas y trabajos  
de don Pedro de Coímbra,  
mi primo, si el cielo santo  
le tiene vivo.

CONDE: Sí hará;  
que al cabo de tantos años

de males querrá que goce  
el premio de su descanso.

LAURO:           ¿Qué es esto que escucho, cielos?  
¿Soy yo de quien habla acaso  
mi primo el duque de Avero?

Mas, no, que soy desdichado.

DUQUE:           Antes que vais, don Düarte,  
por el yerno, que hoy aguardo,  
quiero que oigáis el pregón  
que el rey manda. ¡Echad el bando!

ATAMBOR:        "El rey nuestro señor Alfonso  
el Quinto

manda que en todos sus estados reales  
con solemnes y públicos pregones  
se publique el castigo que en Lisboa  
se hizo del traidor Vasco Fernández  
por las traiciones que a su tío el duque  
don Pedro de Coímbra ha levantado,  
a quien da por leal vasallo y noble  
y en todos sus estados restituye.

Mandando que en cualquier parte que asista,



recto juez, clemente y sabio,  
que volvéis por mi justicia.

RUY: El parabién quiero daros  
con las lágrimas que vierto.

Gocéisle, duque, mil años.

DUQUE: ¿Qué labradores son estos  
que hacen extremos tantos?

CONDE: ¡Ah, buena gente! Mirad  
que os llama el duque.

LAURO: Trabajos,  
si me habéis tenido mudo,  
ya es tiempo de hablar. ¿Qué aguardo?  
Dadme aquesos brazos nobles,  
duque ilustre, primo caro.  
Don Pedro soy.

DUQUE: ¡Santos cielos,  
dos mil gracias quiero daros!

CONDE: ¡Gran duque! ¿En aqueste traje?

LAURO: En éste me he conservado  
con vida y honra hasta agora.

MELISA: ¡Aho! ¿Diz que es duque nueso  
amo?

VASCO: Sí.

MELISA: Démosle el parabién.

VASCO: ¿No le ves que está ocupado?

Tiempo habrá. Déjalo ahora.

No nos riña.

MELISA: Pues dejallo.

DUQUE: Es el conde de Estremoz

a quien la palabra he dado

de casalle con mi hija

la menor, y agora aguardo

al conde de Vasconcelos,

sobrino vuestro.

LAURO: Mi hermano

estará ya arrepentido,

si traidores le engañaron.

DUQUE: Díóle a doña Madalena,

mi hija mayor.

LAURO: Sois sabio

en escoger tales yernos.

DUQUE: Y venturoso otro tanto

en que seréis su padrino.

RUY: (Aunque el conde me ha mirado,  
Aparte

no me ha conocido. ¡Ay, cielos!  
¿Quién vengará mis agravios?)

DUQUE: Hola, llamad a mis hijas,  
que de suceso tan raro,  
por la parte que les toca,  
es bien darlas cuenta.

MELISA: Vasco,  
verdad es. Ven y lleguemos.  
Por muchos y buenos años  
goce el duquencio.

LAURO: ¿Melisa  
aquí?

MELISA: Vine a ver a Tarso.

VASCO: (No oso hablar, no que conozcan;  
Aparte  
que está mi vida en mis labios.)

*Salen doña MADALENA, SERAFINA y doña  
JUANA*



MADALENA: ¿Qué manda vuestra excelencia?

DUQUE: Que beséis, hija, las manos al gran duque de Coímbra, vuestro tío.

MADALENA: ¡Caso raro!

LAURO: Lloro de contento y gozo.

SERAFINA: (Mi suerte y ventura alabo.

Aparte

Ya segura gozaré

mi don Dionís, pues ha dado

fin el cielo a sus desdichas.)

LAURO: Gocéis, sobrinas, mil años

los esposos que os esperan.

SERAFINA: El cielo guarde otros tantos

la vida de vueselencia.

MADALENA: Si la mía estima en algo,

le suplico, así propicios

de aquí adelante los hados

le dejen ver reyes nietos

y venguen de sus contrarios

que este casamiento impida.

DUQUE: ¿Cómo es eso?

MADALENA: Aunque el recato de la mujeril vergüenza cerrarme intento los labios, digo, señor, que ya estoy casada.

DUQUE: ¿Cómo? ¿Qué aguardo? ¿Estáis sin seso, atrevida?

MADALENA: El cielo y Amor me han dado esposo, aunque humilde y pobre, discreto, mozo y gallardo.

DUQUE: ¿Qué dices, loca? ¿Pretendes que te mate?

MADALENA: El secretario que me diste por maestro es mi esposo.

DUQUE: Cierra el labio.

¡Ay, desdichada vejez!

Vil, ¿por un hombre tan bajo al conde de Vasconcelos desprecias?

MADALENA: Ya le ha igualado  
a mi calidad Amor;  
que sabe humillar los altos  
y ensalzar a los humildes.

DUQUE: Daréte la muerte.

LAURO: Paso,  
que es mi hijo vuestro yerno.

DUQUE: ¿Cómo es eso?

LAURO: El secretario  
de mi sobrina vuestra hija,  
es Mireno, a quien ya llamo  
don Dionís y mi heredero.

DUQUE: Ya vuelvo en mí. Por bien dado  
doy mi agravio de este modo.

MADALENA: ¿Hijo es vuestro? ¡Ay, Dios!  
¿Qué aguardo  
que no beso vuestros pies?

SERAFINA: Eso no, porque es engaño.  
Don Dionís, hijo del duque  
de Coímbra es quien me ha dado  
mano y palabra de esposo.

DUQUE: ¿Hay hombre más desdichado?

SERAFINA: Doña Juana es buen testigo.

MADALENA: Don Dionís está en mi cuarto y mi recámara.

SERAFINA: ¡Bueno!

En la mía está encerrado.

LAURO: Yo no tengo más de un hijo.

DUQUE: Tráiganlos luego. ¿En qué caos de confusión estoy puesto?

MELISA: ¿En qué parará esto, Vasco?

VASCO: No sé lo que te responda

pues ni sé si estoy soñando ni si es verdad lo que veo.

MELISA: ¡Ay, Dios! ¡Si saliese Tarso!

*Sale MIRENO*

MIRENO: Confuso vengo a tus pies.

LAURO: Hijo mío, aquesos brazos den nueva vida a estas canas.

Éste es don Dionís.

SERAFINA: ¿Qué engaños

son estos, cielos crüeles?

DUQUE: Abrazadme, ya que ha hallado  
el más gallardo heredero  
de Portugal este estado.

LAURO: ¿Qué miras, hijo, perplejo?  
El nombre tosco ha cesado  
que de Mireno tuviste.

Ni lo eres, ni soy Lauro  
sino el duque de Coímbra.  
El rey está ya informado  
de mi inocencia.

MIRENO: ¿Qué escucho?  
¡Cielos! ¡Amor! ¡Bienes tantos!

*Sale don ANTONIO*

ANTONIO: Dadme, señor, esos pies.

DUQUE: ¿A qué venís, secretario?

SERAFINA: Conde, ¿qué es de don Dionís,  
mi esposo?

ANTONIO: Yo os he engañado.

En su nombre gocé anoche  
la belleza y bien más alto  
que tiene el Amor.

DUQUE: ¡Oh, infame!

SERAFINA: ¡Matadle!

CONDE: ¡Matadle!

JUANA: Paso,  
que es el conde de Penela,  
mi primo.

ANTONIO: Perdón aguardo,  
duque y señor, a tus pies.

CONDE: Los cielos lo han ordenado,  
porque vuelven por Leonela  
a quien di palabra y mano  
de esposo y la desprecié  
gozada.

LAURO: Aquí está su hermano,  
que por vengar esa injuria,  
aunque no con medio sabio,  
vive pastor abatido.  
Si a interceder por él basto,  
reducidle a vuestra gracia.

RUY: Perdón pido.

VASCO: Y también Vasco.

DUQUE: Basta, que lo manda el duque.

CONDE: Recibidme por cuñado,  
que a Leonela he de cumplir  
la palabra que le he dado  
luego que a mi estado vuelva.

¿Dónde está?

RUY: Tu pecho hidalgo  
hace, al fin, como quien es.

SERAFINA: Y qué, ¿fué mío el retrato?

DUQUE: Dadle, conde don Antonio,  
a Serafina la mano;  
que, pues el de Vasconcelos  
perdió la ocasión por tardo,  
disculpado estoy con él.

*A MIRENO*

¡Muy bien habéis enseñado  
a escribir a Madalena!

¿Érades vos el callado,  
el cortés, el vergonzoso?  
Pero, ¿quién lo fue en palacio?

*Sale TARSO*

TARSO:           ¿Duque Mireno? ¿Qué escucho?  
Don Dionís, esos zapatos  
te beso, y pido en albricias  
de la esposa y del ducado  
que me quites estas calzas,  
y el día del Jueves Santo  
mandes ponellas a un Judas.

MELISA:       ¡Ah traidor, mudable, ingrato!  
Agora me pagarás  
el amor, penas y llanto  
que me debes. Señor duque,  
de rodillas se lo mando  
que mos case.

TARSO:                           ¿Estotro es cura?

MELISA:       Mande que me quiera Tarso.



MIRENO: Yo se lo mando, y le doy  
por ello tres mil cruzados.

TARSO: ¿Por la cara o por la bolsa?

MIRENO; Y mi camarero le hago  
para que asista conmigo.

DUQUE: Doña Juana está a mi cargo.  
Yo le daré un noble esposo.

A recibir todos vamos  
al conde de Vasconcelos  
porque, viendo el desengaño  
de su amor, sepa la historia  
del vergonzoso en palacio  
y, a pesar de maldicientes,  
las faltas perdone el sabio.